

A FARSA

50 cénts.

Cubierta de este número:

Carmen Carbonell

y

Concha Catalá

en una escena de

TIERRA EN LOS OJOS

TIERRA EN LOS OJOS

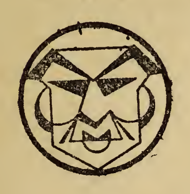
FRANCISCO SERRANO ANGUITA

TIERRA EN LOS OJOS

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA, ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Lara, de Madrid, la noche del 12 de enero, de 1931.

DIBUJOS DE
GUTIÉRREZ NAVAS





AÑO V | 28 DE MARZO DE 1931 | NÚM. 185
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	INTERPRETES
Esperanza, condesa de la Zahina.	Concha Catalá.
Concha	Carmen Carbonell.
Doña Verónica	Leocadia Alba.
Rosario	Soledad Domínguez.
Carmelita	Jacinta R. Alenza.
José Antonio, conde de la Zahina.	Manuel González.
Luis	Antonio Vico.
Manolo	Nicolás Rodríguez.
Catón	Gaspar Campos.
Salvador	Modesto Rivas.

La acción, en Andalucía y en nuestra época.

Las indicaciones del lado del actor.

A Julia, mi compañerita buena, por todas las amarguras sufridas y todas las ilusiones logradas.

Apasionadamente,

Paco


Gutierrez
Navas



ACTO PRIMERO

Una sala baja, amplia y alegre, llena de luz del mes de Mayo, en
la finca "Los Jaramagos", mitad cortijo, mitad palacio, que los con-
des de la Zahina poseen a pocos kilómetros de Alcolea de la Ca-
ñada, imaginario pueblo sevillano. Al foro, en el centro, puerta de dos
hojas, con vidrieras de colores, y a ambos lados de ella grandes
ventanas del mismo estilo, abiertas de par en par. Otras puertas, éstas
de madera, de cuarterones, en los laterales. La de la derecha comunica
con el interior de la casa, y la de la izquierda con los cuartos de
los criados y otras dependencias. Por la puerta del foro se pasa al
patio de "Los Jaramagos", en el que hay columnas y arcos de me-
dio punto, una fuente y, en torno de ella, grandes macetas con plan-
tas y flores. Al fondo de ese patio se ven el zaguán y la portalada,
abierta a pleno campo. Las paredes de la sala tienen zócalo de azu-
lejos. El techo es de vigas, de bovedilla, y de él pende un bello farol
sevillano. Mobiliario antiguo, cómodo y valioso: sillas y sillones de
baqueta, mecedoras ante las ventanas del foro, un vargueño, una
gran mesa tallada en el centro, etc. Encima de la mesa y del vargue-
ño, figuras artísticas y cacharros con flores. Sobre las puertas la-
cuadros de valor y trofeos de caza penden de las paredes. El pavi-
terales, tapices o reposteros con el escudo de los Zahina. Algunos
mento, de losetas de mármol blancas y negras, está cubierto con una

alfombra alpujarreña de vivo colorido. Todo, en suma, da idea de comodidad y de riqueza. Comienza la obra en el mes de mayo, como ya se indica, y a primera hora de la mañana.

(Cuando se levanta el telón, están en escena ROSARIO y SALVADOR "el Aceituno", hablando con CARMELITA. ROSARIO es una muchacha del pueblo, garbosa y peripuesta. SALVADOR, su padre, pasa de los cincuenta años; se ocupa en guardar tierras de los Zahina y viste al modo campesino. CARMELITA es una criada de "Los Jaramagos", y la alegría de sus diez y ocho años parece apagada por una sosería que no hay quien remedie.)

SALVADOR.—*(A Carmelita.)* ¿Y no sabes pa qué quedrá a mi niña don José Antonio?

CARMELITA.—Como no sea pa ajustarle las cuentas de la recova... Doña Esperansa le ha dicho ar señó que había que liquidá con ustedes, porque con los poyos que os yevan fiaos se hase un arró pa tó er catorse tersio.

ROSARIO.—¿Eso dise doña Esperansa?

CARMELITA.—Lo der catorse tersio lo añado yo, pa adorná.

SALVADOR.—¡Mírala qué afisionaíta es a los seviles! No parese hija de señó Manué Vargas, que na más ve un triscornio escondía er borrico, por un si acaso.

CARMELITA.—Hasé ustedes er favó de no meterse conmigo.

SALVADOR.—¿Meterse contigo, si te protege la benemérita?... ¡Anda a avisá a don José Antonio! *(Se va Carmelita por la derecha.)*

ROSARIO.—¡Qué desangelá es esta niña!

SALVADOR.—Déjala a eya, que, desangelá y tó, ha sabío colocarse bien colocaíta... Güeno, no ha sío eya; ha sío su mare... ¡Vaya lagarta que está su mare!...

ROSARIO.—*(Después de una pausa, y con alguna inquietud.)* ¿Pa qué me yamarán, papá?

SALVADOR.—Argún lío. Pero tú... sonsi. *(Llevándose los dedos a la boca.)* A lo que te digan, "Sí" y "No", como en la dotrina. Y si pué sé que "No", mejón toavía.

ROSARIO.—Porque creo yo que eso de las cuentas...

SALVADOR.—Pa eso se entenderían conmigo. Pero... ¿de onde van aquí a cavilá pos tresientos rales más o menos?... Argo hay... ahora que tú... sonsi Rosariyo.

(Llega por el foro CATON, tipo pintoresco, dedicado a la enseñanza como podría dedicarse a vender garbanzos. Tiene más de cuarenta años, viste las ropas que desecha el conde de la Zahina y presume de conquistador con las mujeres de escaleras abajo.)

CATON.—¡Salud, la buena gente! (*A Rosario, haciéndole una fiesta.*) ¿Qué hay, pimpollo? A verme, ¿no? ¡Rabiosilla de celos!...

ROSARIO.—(*Burlona.*) ¡Justitamente! ¡Qué grasia de hombre!

SALVADOR.—A los güenos días, don Catón.

CATON.—¿También tú con lo de Catón, Salvadorillo? Pero... ¿no tengo yo mi nombre?

SALVADOR.—¡Pos claro que lo tiene! Ahora, que como es asina de dificurtoso...

CATON No veo la dificultad: Exoristo Domínguez. ¿Tan raro es?...

ROSARIO.—Pa mí lo que pasa es que usté no lo prenuusia bien. ¡Cuánto mà fásil no es desí Evaristo, como los cristianos!...

CATON.—Decididamente, sois unos cernícalos.

SALVADOR.—¡Otra! Serni... ¿qué? ¡Señó, qué manía de hablá pa que no le entiendan a uno!

CATON.—Rosarillo, tienes un padre que cayó en dos pies porque Dios es misericordioso. (*Echándolo a broma.*) ¿Cómo voy yo a casarme contigo, si me ibas a dar este pedazo de suegro?

ROSARIO.—(*Riendo.*) ¡Ande ayá, so guasa!

(*Por la derecha llega JOSE ANTONIO, conde de la Zahina. Cincuenta años, y en todo, en los gestos, en los ademanes, en la elegancia no afectada, revela ser uno de esos grandes señores andaluces que guardan la altivez para los de su rango, aunque de todos saben hacerse respetar. Viste un traje ligero y cómodo que no es traje de campo, pero que se asemeja mucho, y que él lleva con la misma distinción con que llevaría un frac.*)

J. ANTONIO.—¿Bullas y risa? ¿Cómo habías tú de andar lejos, maestrillo?

CATON.—(*Respetuoso.*), Señor conde...

J. ANTONIO.—(*A Rosario y Salvador.*) Y vosotros, ¿ya os dejáis ver? Tuve que enviaros los tres avisos.

SALVADOR.—Osté ya sabe, don José Antonio, que ayá abajo nunca farta tarea.

J. ANTONIO.—¡Demasiada tarea! (*Por Rosario.*) ¿Es ésta la mocita?

SALVADOR.—La mesma, sí, señó.

J. ANTONIO.—¿Rosario?

ROSARIO.—(*Que si está otro minuto callada le da fiebre.*) Asina me pusieron cuando er señó conde me tuvo en la pila.

J. ANTONIO.—Es verdad, que eres mi ahijada.

Rosario.—Desgrasia o suerte de una... Mejón desgrasia, que aluego no hay más que envidias y cotorreos.

J. Antonio.—Charlatana y con desparpajo.

Rosario.—¡Güen padrino tengo!

J. Antonio.—(*A Catón, por Rosario.*) Es saladá, ¿verdad, maestrillo?

Caton.—(*Recobrando la confianza.*) Para casarnos estábamos los dos; pero no se arregló la cosa.

J. Antonio.—(*De buen humor.*) ¿Pues y eso?...

Caton.—Que no nos entendemos.

Rosario.—(*Como un cohete.*) Que no se le entiende a él, señó conde, porque ha inventao un moo de hablá que parese miste Secua...

J. Antonio.—(*Que contempla a Rosario con ojos de "buen aficionado".*) Tienes gracia, chiquilla. (*A Salvador.*) ¿Cómo no conocía yo a tu mocita, Aceituno?

Salvador.—No se ha tersiao. La probetiya, es naturá, siempre a la vera e su mare...

J. Antonio.—Siempre, no. Algunas veces se va "a la vera e su pare", como tú dices. De esto tenía que hablaros.

Salvador.—(*Receloso.*) Si osté no se explica...

J. Antonio.—Dicen que ahora, por la primavera, os pasáis las grandes noches en el coto de "Los Avellanos", y que armáis zambras con guitarras, coplas y vino por todo lo alto. Como en mis tiempos... ¿Qué hay de esto, Aceituno?

Salvador.—(*Dándole vueltas al sombrero.*) No jaga osté muncho caso de lo que digan. En er coto hay arguna ve er jaleo propio de la gente joven que ayí se reune; pero no se pasa a mayores.

J. Antonio.—Ni a menores tampoco hay que pasar, ¿me entiendes? Y, de convidar a alguien, que sea a mí. A otras personas de esta casa, de ningún modo.

Rosario.—(*Sin poder contenerse.*) ¿Lo dise usté por lo der niño Luí?

Salvador.—(*Queriendo pulverizarla con la mirada.*) ¡Chiquiya!...

Rosario.—(*Mordiéndose los labios.*) ¡Se me escapó!

J. Antonio.—(*Sonriente, a Rosario.*) Es igual. El "niño Luis", —a ver cuando le llamas el señorito, porque ya no es tan niño—, no entiende de juergas. Te dislocas tú cantando fandanguillos, y, el pobre, ni se entera. ¿No es una pena?

Salvador.—Si er señorito ha dio arguna noche a "Los Arveyanos", ha sío de casolidá y sin que se le asperase.

J. Antonio.—Y "de casolidá" había siempre barullo. Y eso

no, hombre, que voy yo a tener envidia... (*A Rosario, que, avergonzada, no sabe qué decir.*) Por eso te he llamado, ahijadita; para que no pierdas el tiempo con el niño. Me convidas a mí... (*Acariciándola la cara.*) ¡Si tengo yo mucho gusto en oírte, que sé que cantas con muy buen estilo!... Enterados, ¿verdad? Y no te apures ni te disgustes, mujer... ¿Cuándo te compro un vestido nuevo?

SALVADOR.—¿Y pa qué va a usarlo eya, mi amo? ¿Pa dí a la recova?

J. ANTONIO.—Sí, ya sé que anda a la recova con su madre. ¿Necesitáis algo?

SALVADOR.—Nos había dicho la Carmelita no sé qué de liquidá... ¡Ganas de sobresaltarle a uno!

J. ANTONIO.—No os ocupéis. Que os den ahí dentro lo que os haga falta.

SALVADOR.—Munchísimas grasias. Y eso der coto se arremata ya mesmo. (*A Rosario.*) Anda, criatura.

J. ANTONIO.—(*Sujetando a la muchacha, alzándole la cara y mirándola a los ojos.*) ¿Te vas enfadada conmigo? ¿Por qué no hablas?

ROSARIO.—(*Azorada.*) ¿Qué vi yo a hablá?

J. ANTONIO.—Di algo, tonta

ROSARIO.—Pos, como desí... (*Muy colorada y casi con llanto en los ojos.*) ¡Como no sea desí que yo no canto fandanguiyos!... ¡Que son calurnias de la gente!...

J. ANTONIO.—(*Soltando a Rosario y echándose a reír.*) ¡Mira por dónde salen los calumniadores! (*Se van por la izquierda Rosario y Salvador. Cuando se han ido, José Antonio dice a Catón, aludiendo a la muchacha y haciéndole un gesto de inteligencia.*) No está mal la jaquita, ¿eh, maestrillo?

CATON.—¡Con la edad en la boca! Y despabilada... ¡Buen padre tiene!... Si hubiese un premio Nobel para los "Viva la Virgen", no se lo quitaba nadie al Aceituno.

J. ANTONIO.—¡Sí que es un peine! Pero con cálculo... Sospecho que con la niña lleva el mismo juego que con la mujer, que ya tú sabes que ha sido un cromo.

CATON.—(*Malicioso.*) Mejor que yo lo sabe usted, señor conde

J. ANTONIO.—Nada, hombre... ¡Cálculo!... Salvador deja llegar hasta donde le conviene; luego quita el reclamo... y allá va él con la escopeta. ¡El dinero que me habrá a mí costado! Ahora quiere seguir esa táctica con el muchacho. Y ahí sí que no. El muchacho, a estarse quieto y a estudiar las paparruchas que tú le enseñas...

CATON.—¡Eso de paparruchas!... Luis aprueba cada curso, y este año acaba.

J. ANTONIO.—¡Pues si, con toda mi influencia, no aprobase en el Instituto de Alcolea!... Veremos el año que viene, cuando lo mandemos a Sevilla y nos lo devuelva la Universidad con la jáquima puesta... (*Cambiando de tono.*) En fin: ¿va a ser blanco lo tuyo?

CATON.—(*Alegre, porque se desvía la conversación.*) ¡Vaya que sea blanco!

J. ANTONIO.—(*Mientras hace sonar un timbre.*) Te mata el aguardiente, maestrillo. (*Le ofrece tabaco.*) Fuma... ¿Almuerzas luego aquí?

CATON.—Como usted quiera.

J. ANTONIO.—Almuerza, hombre, que te divertirás con los huéspedes. (*CARMELITA llega por la derecha.*)

CARMELITA.—¿Ha yamado er señó?

J. ANTONIO.—Tráete una botella de manzanilla de la del "Toro Negro". Y para el maestro, cazalla.

CARMELITA.—Volandito. (*Se va por la izquierda, sin mucha prisa.*)

J. ANTONIO.—(*A Catón, viendo la lentitud con que se va la muchacha.*) ¿Qué te parece? Volandito dice que va... Esta niña es un avefría.

CATON.—¿Y cómo han llegado los forasteros?

J. ANTONIO.—Como un turbión. Desde anoche los tenemos aquí. Manolito, tan fresco como siempre.

CATON.—La edad...

J. ANTONIO.—La edad... y que no hubo un trancazo a tiempo. Yo soy muy blando a veces. Ya sabes que el mozo tuvo una historia con una chavalita de Madrid. Ahí los casó su madre, y han venido a descansar del viaje de novios... trayéndonos a la consuegra. ¡Algo grande la consuegra, Catón de mi alma! (*Vuelve por la izquierda CARMELITA, que trae en una bandeja una botella de manzanilla, otra de aguardiente de Cazalla y varios vasos.*)

CARMELITA.—(*Mientras dispone el servicio.*) ¿He tardao?

J. ANTONIO.—(*Molesto por la interrupción.*) Menos vas a tardar en irte, ¿verdad, clavellina? (*Carmelita, azorada, deja el servicio sobre la mesa y se va por la izquierda. Catón, que aventuraba una carantoña a la muchacha, se queda con la mano en alto. José Antonio lo advierte y le dice:*) Pero... ¿estás cazando moscas?

CATON.—(*Bajando rápidamente la mano.*) Nada, no... Siga usted.

J. ANTONIO.—(*Sirviendo aguardiente a Catón y llenando para él un vaso de vino.*) Te decía que la consuegra es para que purgue mi hijastro todas sus botaratadas. ¡Ya va listo!

CATON.—¿Y la nuera?

J. ANTONIO.—(*Bebiendo la manzanilla de modo que no se sabe si pondera el vino o la mujer.*) ¡Solera fina!

CATON.—¡Señor conde!...

J. ANTONIO.—No te alarmes, Catón. El conde de la Zahina tiene dos cotos: en el de "Los Avellanos", el Aceituno con su escopeta; y en éste de aquí, mi mujer..., que es de más cuidado que el Aceituno.

CATON.—Ya sabe ella lo que hace. Usted se alegra todavía de cuándo en cuándo, y mocita buena que se pone a tiro...

J. ANTONIO.—¿Qué hablas de mocitas, maestrillo, si las vi nacer a casi todas? ¡Si pueden ser mis hijas!...

CATON.—(*Con malicia.*) ¿Pueden?...

J. ANTONIO.—(*Riendo, bebiendo... y cambiando de tema.*) ¡Vamos, calla! ¿Por quién me tomas tú, Catón en rústica?... ¿No bebes más aguardiente?

(*Por la derecha llega DOÑA VERONICA, una señora cincuentona, frescachona y pechugona, que viste un traje de casa de tonos claros, muy vaporoso y escarolado.*)

VERONICA.—Muy buenos días... Y ustedes disimulen. ¿Vengo a estorbar?

J. ANTONIO.—¡De ningún modo! ¿Se descansó, doña Verónica?

VERONICA.—¡Como una reina! ¡Qué alcoba me han puesto, qué alcoba!... ¿Y la cama? Siete colchones, hijo. ¡La Telefónica! ¿Usted sabe los apuros de la doncella para alargarme hasta arriba el chocolate? De una cama así saco yo cuatro para los huéspedes.

J. ANTONIO.—¿Usted también tiene huéspedes?

VERONICA.—Los he tenido; pero ya, no, porque no dan más que disgustos y trampas. Y vuelvan ustedes a disimular, porque a lo mejor, este caballero (*Por Catón.*) también es "huéspede".

J. ANTONIO.—Este no hace sino almorzar algunas veces. Es el maestro de mi hijo. Le da lecciones no sé de que... ¿Cómo te llamas, tú, que nunca me acuerdo?

CATON.—(*Inclinándose ante Verónica.*) Exoristo Domínguez, para servirla.

VERONICA.—Tantísimo gusto. ¿Con que el profesor del chico? ¡Vaya, a ver si lo hace usted un sabio!

J. ANTONIO.—Lo dudo. ¿No se sienta usted? (*Se sientan los

tres.) Aquí estábamos echando la espuela. ¿Le gusta la manzanilla?

VERONICA.—(*Mirando la botella.*) ¡Ay, manzanilla!... También en casa la tomábamos; pero de la otra.

CATON.—¿De la caliente?

VERONICA.—De la Pastora. ¡Cuánta no tendré yo bebida en aquellos bailes de la Zarzuela!...

J. ANTONIO.—(*Ofreciéndole vino.*) Pues aquí no hay más pastora que usted. Y los borreguitos, nosotros.

VERONICA.—(*A Catón.*) ¿Ve usted qué hombre? ¡Así está desde que llegamos! (*A José Antonio, amenazándole cómicamente.*) ¡Conde, conde, que me va usted a enseñar muy mal!

J. ANTONIO.—¿Yo?... ¡Usted me confunde con Catón!

CATON.—¡Bueno!

VERONICA.—(*Que es maestra en zalamerías.*) No, señor, que ya sé yo que aquí es un profesor de mucha fama.

CATON.—¡Caramba! ¿Cómo lo sabe usted?

VERONICA.—¡Digo! ¡El maestro Domínguez! ¡Celebrísimo! (*Se sirve otro vaso de vino.*)

J. ANTONIO.—(*A Catón, mug regocijado.*) ¿Qué te parece la Verónica?

CATON.—¡De Belmonte! ¡Hay que verla con "El Toro Negro"! (*Deseando irse, a Verónica.*) Señora, lo siento mucho, pero tengo la lección de Luis...

VERONICA.—Pues eso es lo primero. Vaya y no gaste cumplidos, que estamos en familia. ¿Verdad, conde?

J. ANTONIO.—Cuando usted lo dice...

CATON.—(*Despidiéndose.*) Hasta luego... Beso a usted los pies... (*Se va hacia la izquierda, murmurando:*) ¿Y esto es una Veronica? ¡Esto es el pase de la muerte! (*Se marcha Catón.*)

VERONICA.—(*Arrellenándose en la mecedora que ocupa y respirando a placer.*) ¡Qué vida, conde, qué vida! ¡Qué delicia de Andalucía en el mes de Mayo!

J. ANTONIO.—No me llame usted conde. Llámeme José Antonio, o Pepe, o Antoñete. Eso de conde quita confianza.

VERONICA.—(*Halagada.*) ¡Me puede usted, conde, me puede usted!

J. ANTONIO.—¡Y dale!...

VERONICA.—Es que suena muy bien el título. El que lo tiene, lo gasta... Si una ha emparentado con la aristocracia, no va una a hacerse la pobrecita. ¡Estoy yo poco contenta!... ¿Y el postín de que las fundas de las almohadas tengan el escudo bordado?

J. ANTONIO.—Mi mujer, que sacó los trapitos de gala.

VERONICA.—Pues me he pasado la noche restregando la cara contra el escudo, para sentir el cosquilleo. (*Ante la risa de José Antonio.*) ¡Ya sabía yo que se iba usted a reír!

J. ANTONIO.—Es que es graciosa la ocurrencia. (*Sirviéndole vino.*) Un traguito, doña Verónica.

VERONICA.—Que no, conde; que usted me emborracha. ¡Que yo salgo de aquí con la papalina!

J. ANTONIO.—Ya le bordaremos el escudo a la papalina esa.

VERONICA.—(*Riendo.*) ¡Dios le conserve el buen humor!

J. ANTONIO.—Tampoco usted lo tiene malo.

VERONICA.—Hay diferencia. A veces ni sé cómo tengo ganas de broma. ¿Usted sabe lo que mi niña y yo hemos pasado en mi época de pupilera de la travesía de la Ballesta?

J. ANTONIO.—¿Nada menos que en la travesía?

VERONICA.—¡Ay, una travesía como para ahogarnos las dos! Eso sí, con muchísima decencia. A mí me taparán la boca hablándome de cómo hacía las albondiguillas y de cómo endulzaba el café de los desayunos; pero, tocante a la honradez... ¡ahí tengo cédula de primera clase!

J. ANTONIO.—¿Quién lo pone en duda?

VERONICA.—Es que, ya que ha salido la conversación... Por si les choca a ustedes que Manolo se enamorase de mi Concha. Con toda su pobreza, y con haber cosido tantas camisolas en este mundo, mi Concha se crió en pañales muy limpios.

J. ANTONIO.—¡Desde luego, señora!

VERONICA.—El que está en la gloria pudo llevarse la llave de la despensa; pero no se llevó ni su cruz de María Cristina, ni su medalla de los Sitios, ni su diploma de la Cruz Roja, ni el jipijapa que usó en Cuba, que tenía cinco agujeros de otras tantas balas... ¡Cinco balazos, conde, que se dice pronto! Si el bendito mío llega a tener puesto el jipi, me lo mandan a España con la cabeza hecha un colador.

J. ANTONIO.—(*Aturdido por la charla.*) Tiene usted razón, doña Verónica, tiene usted razón.

VERONICA.—¿En lo del colador?

J. ANTONIO.—En decir que el bendito de su difunto estará ahora en la gloria.

(*Salen por la derecha ESPERANZA y CONCHA. Esperanza, la condesa de la Zahína, está en plena belleza otoñal y viste con sencillez y distinción. Concha es una madrileña llena de garbo y lozanía. Luce un elegante traje de mañana.*)

ESPERANZA.—(*Que trae cariñosamente abrazada a Concha.*) Aquí traigo a esta perezosa, que entre dormir y componerse pierde la idea del tiempo.

J. ANTONIO.—Hace bien.

VERONICA.—(*Acudiendo a besar a Esperanza con mucho estrépito.*) Hija, Esperanza no sabía por dónde andabas. ¿Cómo estás?... Bueno, no sé por qué lo pregunto. No hay más que verte. ¡Siempre tan guapa! ¡Ay, qué figura, mujer, qué figura!

ESPERANZA.—(*Disimulando un gesto de empacho.*) No empieces con tus cosas. Tú sí que sí... ¡Eres un brazo de mar!

J. ANTONIO.—(*Con leve ademán de empinar el codo.*) ¡Y qué brazo!...

VERONICA.—(*A Esperanza.*) ¡No digas! De trapillo, como en mi casa. O hay confianza, o no la hay. (*A Concha.*) Y tú, hija, ¿has descansado?

CONCHA.—Figúrate... Por vez primera desde que me casé he dormido sin la agonía de madrugar para tomar el tren, o el auto, o para ir a ver un museo o una catedral. ¡Mira que hay museos y catedrales por el mundo! ¡Estaba más harta!...

VERONICA.—No hables así, criatura. Hay museos preciosos. ¿No te acuerdas de aquel de la verbena del Carmen, él de las figurillas de cera con la muerte de Joselito?

J. ANTONIO.—(*Disimulando la risa.*) Tiene razón Conchita. Es de mi escuela. ¿Saben ustedes mi lema cuando viajo? ¡Excursiones, no! ¡Monumentos, no! Esta (*Por Esperanza.*) gruñe un poco; pero yo no ando diez leguas para ver una ermita cuyo único mérito consiste en estar lejos. Compro una postal iluminada... y hasta resulta mejor, porque no se le ven los desconchones.

ESPERANZA.—¡Milagro sería que no salieses tú!... ¿Has madrugado, Verónica?

VERÓNICA.—¡Quita, mujer, que desde que amaneció Dios no he pegado los ojos, con la preocupación de que llamase el lechero!

ESPERANZA.—¿El lechero?

J. ANTONIO.—El de la travesía de la Ballesta. ¡Seguro!

VERÓNICA.—El mismo, conde; el que me sirve de despertador todos los días. Total, que me tiré de la cama, dispuesta a trajinar en lo que haga falta. No me acostumbro a estar mano sobre mano. Se lo dije a los chicos cuando se empeñaron en traerme aquí: "Os advierto que no voy de holgazana, y que trabajaré lo mismo que cualquiera otra".

ESPERANZA.—Ni lo pienses, mujer.

VERÓNICA.—Mira; por muchos criados que tengáis, en una casa siempre hace falta ayuda. Cuando más en una finca como ésta, que debe ser grandísima.

J. ANTONIO.—Pero... ¿aún no la conoce?

ESPERANZA.—No hubo tiempo de que la viera ayer, con el ja- de la llegada. ¿Quieres tú acompañarla?

. ANTONIO.—(*Al que no le hace gracia la indicación.*) Mujer... fin, si hay que hacer los honores...

VERÓNICA.—¡Por Dios, cuantísima molestia!... ¿Tú vienes, ıchita?

CONCHA.—Espero a que vuelva Manolo. ¡Se ha dado un madru- ı!... Me dijo que se iba por ahí, al campo.

J. ANTONIO.—(*A Esperanza.*) Mira tu niño... (*Esperanza hace gesto de disgusto.*)

VERÓNICA.—(*Conciliadora.*) Hay que hacerse cargo. ¿No es na- ·al que el hombre quiera corretear un poco? ¡Así que no es ıito esto! Alguna mañana le acompañaré yo.

J. ANTONIO.—¡Y lo tendrá muy merecido!

ESPERANZA.—(*A Concha.*) Reprende a Manolo. En los primeros mpos es cuando se debe encarrilar a los maridos. ¡Si se les a tomar alas...!

J. ANTONIO.—(*Bromeando.*) ¡Adiós! ¡El paño al púlpito! Vá- ·nos, vámonos, doña Verónica, que le voy a enseñar toda la ca ¡Hasta los toriles!

VERÓNICA.—(*Alarmada.*) ¡Huy, eso sí que no! ¿Hay toros?

J. ANTONIO.—Unos "toros negros" magníficos. (*Indicando la tella vacía.*) A uno de ellos lo hemos lidiado usted y yo, mano nano.

VERÓNICA.—¡Jesús, qué hombre! (*A Esperanza.*) Ya voy cono- ndole... Es un guasón... (*A José Antonio, iniciando con él el ıtis por el foro.*) Ahora, que si yo empiezo también con gua- as... ¡No se le olvide a usted que yo soy de Madrid... y que Madrid le gastan chuflas hasta a la Cibeles! (*Otra vez a Es- ranza, y rebosando satisfacción.*) Te compadezco, mujer. Es- ; señores serios que están siempre de broma son temibles. ɔgiéndose del brazo del resignado José Antonio.) ¡Ande, ande, irigotero, que es usted Ramper sin el traje encarnado! (*Se ırchan los dos.*)

ESPERANZA.—(*A Concha, después de ver salir a los otros per- najes.*) Es muy simpática tu madre.

CONCHA. Tendrán ustedes que perdonarla muchas faltas, por- e está un poco fuera de su centro. Eso sí: buenaza y campe- ana, como nadie. Y en diciendo que toma cariño a una per- na, ya se puede contar con ella para todo.

ESPERANZA.—Pues eso es lo que importa, que las otras faltas corrigen.

CONCHA.—Pero a mí me tienen volada sus ocurrencias. Y aquí ha de notar más, al lado de una gran señora como usted.

Esperanza.—No hables de eso

Concha.—¿No tengo que hablar? Por lo menos, para agrad cerle a usted que, estando tan alta, tuviese lástima de m y arreglase lo de nuestra boda. Si no es por usted, no se arr gla, porque... hay que conocer a Manolo.

Esperanza.—¿Qué iba yo hacer sino lo que hice? Las mu jeres tenemos la obligación de ayudarnos unas a otras. Cuar do tocan a padecer, todas somos iguales.

Concha.—Hay muchas que lo olvidan.

Esperanza.—Yo, no. Yo no podía aprobar que mi hijo, qu tendría que venerar a las mujeres, siquiera acordándose de l mucho que por él peleó su madre cuando se quedó viuda sola en el mundo, dejase a una criatura sin defensa y expue ta a las mismas angustias que yo pasé. No sólo por tí: por m misma no quería consentirlo.

Concha.—¿Ve usted como es muy buena? ¡Cuánto no tendr yo que agradecerle!

Esperanza.—¿A mí?... Si acaso, a Manolo... y a todos lo de casa.

Concha.—¡A usted, a usted!... ¡Si se diría que Manolo se h casado por compromiso!... No para apenas junto a mí... Des de anoche que llegamos parece que está avergonzado, como s hasta ahora no notase la diferencia que hay entre ustedes nosotras. Y, la verdad, me duele; para que mi marido se abc chorne de mí y me tenga como la Cenicienta, mil veces pre feriría no haberle conocido.

Esperanza.—¡Hija! ¿Cómo hablas así? (*Atrayendo hacia s a Concha y procurando disipar sus temores.*) ¿Qué dejas par cuando empieces a sufrir de veras... porque de sufrir n has de librarte, que por algo eres mujer? (*Besándola.*) ¡Boba!.. Manolo es como todos los hombres de su edad. Lleva todaví la tierra en los ojos...

Concha.—Y eso ¿qué es?

Esperanza.—¿No lo sabes? Yo lo leí en un libro de Sant Teresa. Algo así como que mientras tenemos los ojos lleno de tierra, que son las preocupaciones por los negocios de mundo, no podemos ver a Dios. Y digo yo que una tierra pa recida será la de nuestras locuras y nuestras pasiones, que no ciegan y no nos dejan ver lo que nos conviene... ¡Ya se l caerá la tierra de los ojos a tu marido!

Concha.—Mejor sería que no la tuviese.

Esperanza.—Todos la llevamos. A ti misma, que crees ve claras no sé qué dificultades, ¿no será que un poquito de sc berbia te está enturbiando la mirada?... Y ten cuidado, que s

s soberbia con el hombre a quien quieres, puede ocurrir que le quieras bien.

CONCHA.—Ahí no acierta usted. Nunca he sido soberbia, y quie- de verdad a Manolo. ¡Bien se lo demostré! El, en cambio...

ESPERANZA.—El dirá lo mismo: que te quiere. Y los dos os uivocáis. También este cariño del principio es tierra en los os: el barro de que nos hacen. El cariño firme viene después, 1 las penas y los desengaños. Es menos sabroso que el de ora, pero más sereno y más hondo. Tú verás qué alegría ando os miréis con los ojos limpios de ese barro de hoy, y é orgullo el de pensar en lo que sufristeis los dos y deciros: Nos queremos! ¡Ahora sí que nos queremos!" (*Con un dejo melancolía.*) ¡Si lo sabré yo, hija, si lo sabré yo!...

CONCHA.—(*Abrazada a Esperanza.*) Y yo sé que es usted una nta, y que nadie, ni mi madre, me habló nunca con tanto ecto.

ESPERANZA.—(*Otra vez risueña.*) ¡Anda, chiquilla! ¿No será e nunca necesitaste que te hablaran así?...

(Por el foro llega MANOLO. Veintiséis o veintiocho años, gante, desenvuelto y tarambana de pies a cabeza. Viste pan- lón de paño, chaqueta o guayabera de hilo claro, trae un ñuelo anudado al cuello y se cubre con un sombrero ancho. detiene en la puerta del patio al ver a las dos mujeres y ha- a desde allí.)

MANOLO.—¡Ole ya! La suegra y la nuera conspirando. ¡Dos ujeres guapas contra mí! ¡Estoy perdido! (*Avanzando.*) Pero... uién dijo que se había roto el molde de las buenas mozas? 'aya dos ejemplares! ¡Y las dos queriéndome! ¡Si tendré yo sgracia!...

ESPERANZA.—(*Alegre, cuando Manolo acaba de hablar.*) ıora, los buenos días. Digo, si los merecemos...

CONCHA.—¡Sí, sí! ¡Pídale usted finuras a este beduíno! (*A anolo.*) ¿Te ha dado ya la gana de volver?... ¡Mira qué fa- ıa, que pareces un mozo de estoques!

MANOLO.—(*Desenfadado.*) ¡Gracia! ¡No está flamenco el po- e!... (*Contoneándose y haciendo una carantoña a Concha.*) No vuelvas la cara, mujer! ¡Que te quedas bizca mirándome n el rabillo del ojo!

CONCHA.—(*Rechazándole, entre risueña y enojada.*) ¡Vete de quí!

ESPERANZA.—(*A Manolo.*) Está enfadada, y con razón.

MANOLO.—¿Conmigo? ¿Y por qué?

CONCHA.—¿Te parece bien lo que has hecho? Levantart amanecer y salir al galope, dejándome sola. ¡Y eso el mer día!...

MANOLO.—No hay quien os entienda a las mujeres. Yo s pre había oído que, en los matrimonios, las broncas se ar cuando el marido se levanta tarde. ¡Pues resulta que es a vés!... ¡No sabe uno cómo acertar!

CONCHA.—(*A Esperanza, conteniendo la risa.*) ¿Ve usted descaro?

ESPERANZA.—¿Ves tú, te digo yo? ¿Ves cómo no logras indignándote? (*A Manolo.*) Pero tú no haces bien. Debes ac pañarla, llevarla contigo...

MANOLO.—Si la llevo conmigo, sí que tenemos el escánd

CONCHA.—¡A saber dónde habrás estado!

MANOLO.—En el pueblo. (*A Esperanza.*) ¡Madre, qué aleg Me he comido una rueda de tejeringos en el puesto de Gil y una "empaná colorá" en la plaza de Abastos. Luego n el gusanillo en la taberna de Molina, y luego..., bueno, lu en la fuente de calle Caballeros, le tire la teresiana al p a Galisteo, el guindilla del Ayuntamiento.

ESPERANZA.—Pero, loco, ¿quién te manda hacer eso?

MANOLO.—¿Y quién le manda a él llevar todavía la t siana? Desde que yo iba a los párvulos tenía la ilusión de mojársela. Y fíjate que me lo encuentro... ¡y con la can ¡La misma de mis tiempos! ¡Y la fuente al lado!... ¡Van que no me pude contener!

CONCHA.—¡Vendrás tan orgulloso!...

MANOLO.—¡Qué rabia le dió!... Con sus setenta años, que le caen ya los pantalones, arrancó detrás de mí y me tiró sable, que si no me aparto me lisia...

ESPERANZA.—(*Riendo, a pesar suyo.*) ¡Vaya por Dios! ¿Es tu formalidad?

MANOLO.—¿Tú crees que se puede ser formal viendo la te siana de Galisteo?

ESPERANZA.—(*A Concha.*) Para que le hagas caso... Ahí quedáis. Yo voy en busca de tu madre y de José Antonio. *Manolo.*) Y tú, torbellino, procura contentar a tu mujer. (*Se Esperanza por el foro y, cuando se ha ido, dice Manolo a C cha.*)

MANOLO.—Que te contente dice... ¿Verdad que no hace falt

CONCHA.—Verdad que no. ¡No lo ibas a conseguir!...

MANOLO.—¡Vaya! ¡Sí que dura mucho la luna de miel!...

CONCHA.—¿Esto es la luna de miel? ¡Qué desencanto!

MANOLO.—¿Pues qué esperabas?

CONCHA.—¡Qué sé yo!... Otra cosa... Estar juntos; tenerte a lado hasta que yo tomase confianza con tu familia...

MANOLO.—¿Y vas a tardar mucho en tomarla?

CONCHA.—Con tu madre, como si nos conociésemos de siempre; pero con los demás... Tu hermano Luis anda escondido, e ni hablarme quiere. Y don José Antonio...

MANOLO.—No digas más. ¡Lo creo! Mi padrastro es un hueso.

CONCHA.—Tanto, no. Me impone mucho respeto; pero conmigo á muy amable.

MANOLO.—Lo está con todo el mundo. Y hasta es bueno, en fondo... Pero yo no le trago.

CONCHA.—¡Cállate, hombre! Se ha portado muy bien. Y debes lagarle y tenerle contento, que, al fin y al cabo, lo suyo será ra ti algún día.

MANOLO.—¿Para mí? (*Riendo.*) ¡Tú eres la ilusa Cañizares! todo esto que ves, yo no tengo que coger nada.

CONCHA.—(*Asombrada.*) ¿Pero él no es rico?...

MANOLO.—¡Riquísimo! No sabe lo que tiene. Medio Alcolea suyo... Pero todo será para Luisito, que es el niño de la erte. Para mí, no. ¿No ves que yo no soy el hijo, sino el jastro?

CONCHA.—Pues quien te veía en Madrid...

MGNOLO.—Sí, claro... En Madrid, y en todas partes, he vido a lo grande. El conde lo pagaba. ¡Si no puedo quejarme!...

CONCHA.—Entonces, ¿qué motivos tienes para pensar?...

MANOLO.—Que ya se acabó. Cuando nuestra boda, me lo di- él bien claro: "Te he hecho un hombre; te he costeado los tudios; te casas con quien te da la gana... Ahí tienes el ıfete y la casa a todo lujo, un equipo magnífico, la finca Alcolea para que nos visitéis cuando se os antoje, y cinco il duros para los primeros gastos. En adelante, vive de lo ıe ganes. Mi bolsa se ha cerrado." ¡Y lo cumple!

CONCHA.—¿De modo que el rico es tu hermano?

MANOLO.—Pero, oye: ¿te has casado conmigo, o con el dinero del conde de la Zahina?

CONCHA.—No es eso, hombre. ¡Qué cosas se te ocurren!... Además, no hay que ser pesimista... ¿Cómo te van a dejar en medio de la calle?... Ni el conde, ni Luis. Con que tú procures llevarte bien con ellos... ¡Ya verás como yo consigo que stéis de acuerdo siempre! Es que tú también eres muy altanero, Manolo. Tu padrastro no parece malo. Y a tu hermano, que s un niño, sabiéndole manejar... De eso me encargo yo.

MANOLO.—¡Déjame de historias! ¡A ver si crees que sirvo para adular a nadie! Claro que le agradezco al conde lo que hizo

por mí. Mejor dicho, se lo agradezco a mi madre, que fu
que se sacrificó.

CONCHA.—¿Sacrificarse?

MANOLO.—¡Una mártir!... Veinte años metida en los cor
o en el pueblo, sin asomarse al mundo más que cuando a
ñor se le antojaba... Y aguantándole, soportando sus borra
ras sordas, que no hay noche que no se acueste con m
azumbre de vino en el cuerpo, y tolerando que le pase pc
cara todas las mozas de buen ver, porque para algo es el an

CONCHA.—¡Qué atrocidad! ¡Pobre mujer!

MANOLO.—¡Para que yo transija con mi padrastro! ¿Por
he de transigir? ¿Porque es rico?... ¡Ríete tú! ¡Rico, yo!
rica mi mujer, que vale más que el mundo!

CONCHA.—¡Anda, tonto!

MANOLO.—¿Es que en vez de un marido como el que ti
preferirías un mulo cargado de oro? ¡A que no!... ¡Ea,
somos millonarios! ¿Y qué? ¿Me voy yo a poner cuatro tra
uno encima del otro? ¿Nos vamos a comer seis cocidos de
golpe?... ¡Con tener para un cocido y un traje, resuelto!

CONCHA.—Tú lo resuelves todo a escape. Sin embargo...
creas que es egoísmo, no; es que no me gusta hacer el ríd
lo, ni vivir de prestado. Ni aquí, ni en ninguna parte. De
ber yo sabido la verdadera situación, ¿crees que vengo a
finca?

(Acompañado de CATON, llega por la derecha LUIS. Es un mozo espigado, ágil, huraño más que tímido. Viste con gún desaliño, como el que aún no se ocupa de presumir. Vi riéndose de Catón.)

LUIS.—*(Al entrar.)* Catonsete, eres un pelmaso. Siempre
traes la misma relasión.

CATON.—Y tú te empeñas en no aprenderla.

LUIS.—*(Advirtiendo la presencia de Concha y Manolo, y un movimiento instintivo de fuga.)* Oye, vámonos.

MANOLO.—*(Yendo hacia Luis.)* ¡Gracias a Dios que se te
niño! *(Abrazando a Catón, muy campechanamente.)* ¡Catón
¡Gran Catón!... ¡Dichosos los ojos!...

CATON.—¡Caramba, Manolito! Ya sabía que llegasteis a
che... Muy bien, ¿verdad? *(Por Concha.)* ¿Es tu mujer?

MANOLO.—*(Haciendo las presentaciones.)* La misma, sí...
éste..., éste es el mejor maestro de lo tierra. ¡No enséña na
a nadie! *(A Luis, que permanece un poco apartado.)* A ti, p
lo visto, también tengo que volver a presentarte. ¿No quie
saludar?

NCHA.—(*Interviniendo.*) Déjale, hombre... ¡Pobre muchacho! er si no puede hacer lo que quiera!... Si no saluda, será ue le dé vergüenza... o porque yo le haya sido antipática.

IIS.—(*Disculpándose, hosco.*) No; diga usted que no, se-...

NCHA.—(*Riendo.*) ¡Ay, qué gracia! Señora... y de usted. ı vieja soy, chiquillo?

IS.—Que uno es así...

ANOLO.—¡Un zanguango! ¿Cómo no cepillas a este tarugo, n de mis culpas? ¿Qué haces con él?

TON.—Desesperarme, hijo. Odia los libros... y me revienta i.

NCHA.—¡Qué exagerado! (*A Luis.*) ¿Verdad que exagera el esor?

IIS.—(*Menos esquivo.*) Más sé yo que él.

TON.—(*A Manolo.*) ¿Qué te parece?

UIS.—Y eso es lo que le da rabia; que sé más. De Geografía, Historia, y de todo... El año pasado a poco me suspenden culpa suya, porque se empeñó en que dijera que el que ıdaba en Alemania era el emperador. Y yo, que no. Y él, sí... Y... ¡la mala sombra! Eso mismito me preguntaron el examen; y ayí mismito solté el disparate.

TON.—(*Muy sofocado.*) ¡Vamos, niño!... ¡Una equivocación iene cualquiera!

UIS.—Y una historia de hase treinta años no la tienes más tú. ¡La que tú aprendiste!

ANOLO.—(*Riendo.*) ¡Y la que le enseña a todo el mundo! ¡Ca- eres grande!

ATON.—Pero, señor, ¿qué necesidad tengo yo de admitir a general en la república de Alemania? Aquello, ¿no ha sido npre un imperio? Pues... ¡emperador ha de tener! ¿O no lógica?

ANOLO.—La hay, la hay... ¿Y aprueba tu discípulo?

ATON.—Bachiller sale este año, si Dios quiere.

IANOLO.—¡Qué cosas quiere Dios! (*Palmoteando en la espalda atón.*) ¡Bueno, maestro Cerote! Seguimos como siempre, ¿eh? ıchas conquistas?

ATON.—(*Indicándole a Concha.*) Hombre, Manolo...

MANOLO.—¡Ni te preocupes!... (*A Concha, por Catón.*) Es don n Tenorio, que ha puesto escuela.

ONCHA.—¿De verdad?

ATON.—No haga usted caso.

UIS.—¡Que sí! ¡Que tiene catorse novias! ¡Y todas viejas!...

MANOLO.—Lo de viejas, no lo creo. Lo de catorce, sí. ¿Cuán- me presentas alguna?

CATON.—¿Quieres callarte?

LUIS.—(*Gozoso con hacer rabiar a Catón.*) Una está ahí quita; en el ventorriyo del Camino Nuevo. Rafaela le discr

MANOLO.—(*Cogiendo de un brazo a Catón.*) Vamos a ve

CATON.—¡Déjame a mí!

MANOLO.—¡Si no te la voy a quitar!... Oye, una vez sí quité una novia. ¿Te acuerdas?

CATON.—(*A Concha.*) ¿Se fija usted en lo pesadísimo que su marido?

CONCHA.—¡Ya, ya!

CATON.—(*A Manolo, muy sulfurado.*) ¡Tú a mí no me quitado nunca más que la paciencia!

MANOLO.—(*Tirando de él.*) ¡Al Camino Nuevo, Catón!

CATON.—(*Resistiéndose.*) ¡Que no!

MANOLO.—¡Que sí!... Allí seguirán dando el vinillo de Sanlúcar y las lonchas de Trevelez... ¿No te apetece?

CATON.—(*Repentinamente ablandado.*) ¡Tanto me dirás!...

CONCHA.—(*A Manolo.*) ¿Pero vas a salir otra vez?

MANOLO.—Vuelvo en seguida. Cuando emborrache al maest

CATON.—¿A mí? ¿Me has visto tú alguna vez borracho?

MANOLO.—¡Eres un cínico! (*A Concha y a Luis.*) Hasta aho

CATON.—(*Ya en la puerta del foro, cogido del brazo de Manolo.*) Déjame acabar... ¿Me has visto alguna vez borracho (*Bajando la voz*) que no lo estuvieras tú antes? (*Se van por el foro Manolo y Catón. Luis, luego de una silenciosa paus inicia el mutis, sin hablar, hacia la izquierda.*)

CONCHA.—(*Advirtiendo que se va Luis.*) ¿Te marchas tú también? Entonces, ¿es de veras que me tienes miedo?

LUIS.—(*Deteniéndose y volviendo a su hosquedad de antes*) No, señora... Es que... ¿qué hago yo aquí?

CONCHA.—Acompañarme.

LUIS.—¿Y si usted se aburre?

CONCHA.—¿Por qué me he de aburrir?

LUIS.—¿Y... si me aburro yo?

CONCHA.—(*Rompiendo a reír.*) ¡Eso es franqueza!

LUIS.—(*Mordiéndose los labios.*) Usted dispense... ¿Ve uste por lo que no quiero hablar?... A nada que me descuido, se m escapa una tontería.

CONCHA.—Suéltalas, hijo, que estamos en familia... Aunqu a ti no te hace ni pizca de gracia que en la familia figure y

LUIS.—Usted es de la familia de Manolo.

CONCHA.—De tu hermano.

LUIS.—(*Con un gesto de indiferencia.*) Bueno..., sí.

CONCHA.—Hermana tuya, por lo tanto. Y es lo que no t hace gracia.

.UIS.—Sí que me hase grasia. Que así, de repente, resulta e tengo una hermana. ¡Mire usted si es grande!

CONCHA.—¡Deja ya el tratamiento, chico! ¿Cuándo has visto los parientes hablarse de usted?

LUIS.—Cuando... cuando yegan tan sin que uno lo piense.

CONCHA.—*(Burlona.)* Es que se perdió la carta en el correo.

LUIS.—¿Qué carta?

CONCHA.—La que te anunciaba que tenías una hermana.

LUIS.—¡Si ya yo lo sabía!...

CONCHA.—¿Ah, sí?... ¿Y qué dijiste?

LUIS.—Que, aquí, en Alcolea, a esta clase de hermanas las mamos cuñadas. *(Ríe Concha. Ríe también Luis, que luego, rtando de golpe la risa, dice:)* ¡No se ría usted!

CONCHA.—¡Anda! ¿Por qué?

LUIS.—Porque me parese que se está usted guaseando de mí.

CONCHA—¡Vuelta con el usted! ¡Háblame de tú, criatura!...

LUIS.—¡Ea, que no! Da no sé qué tutearse de golpe y poaso...

CONCHA.—¿Vamos a estar siempre como dos diplomáticos? *on fingido enojo.)* ¡Ay, qué soso éste!... Tenías razón para archarte... Anda, niño, ya te puedes ir...

LUIS.—Es que ahora...

CONCHA.—¿Qué?

LUIS.—Que ahora no me voy.

CONCHA.—Menos mal. ¿Se te va pasando la vergüenza?

LUIS.—No es por eso. Yo me voy cuando quiero. Cuando me han, no.

(Lo ha dicho con una energía que contrasta con todas sus vaclaciones anteriores. Un gesto de hombre, no de niño. Se sienta, por primera vez mira de frente a Concha, que se aproxima él para decirle:)

CONCHA.—Eso me gusta. ¡Así se habla! No dejes que te echen e ningún sitio.

LUIS.—¿Verdad que no?

CONCHA.—Verdad... Casi me dan a mí ganas de hablarte de sted... aunque seas un niño.

LUIS.—No lo soy.

CONCHA.—¿Pues qué edad tienes?

LUIS.—Es igual. Para que no me digan niño, la sufisiente.

CONCHA.—Como eres tan respetuoso, tan tímido...

(Hay una pausa, y sólo se oye la risita burlona de Concha. Luis la mira con fijeza, se engalla un poco, compone el desaliño le su ropa y dice:)

LUIS.—Ya te hablo de tú.

CONCHA.—¡Gracias a Dios! ¡Si nosotros vamos a ser buenos amigos!... ¿Por qué no hemos de serlo? Aunqu gan que tú eres muy huraño, que no te gusta hablar coı die... y menos que con nadie, con Manolo.

LUIS.—¿Cuándo voy a hablarle, si no para aquí nunca

CONCHA.—Porque no le quieres. Y eso no está bien. T yo que hacer que os queráis los dos.

LUIS.—Es que él me tiene rabia... y le tiene rabia a m dre... No vayas a desir que no, que tú no lo sabes. Y yo

CONCHA.—Pues esto se va a acabar, porque ahora esto aquí para que no haya rabias ni peleas. Debéis estar unid Que Manolo te ayude a ti, y que tú le ayudes a él, si hace ta. ¿Te negarías a ayudarle?

LUIS.—¡Faltaba que él me lo pidiese!...

CONCHA.—¿Y si te lo pedía yo?

LUIS.—¡También estamos armando buena maraña!...

CONCHA.—Es por charlar de algo. Si no charlásemos, ¿c nos íbamos a conocer? ¡Tenía yo ganas de cogerte por cuenta, para pedirte explicaciones!

LUIS.—¿A mí?

CONCHA.—A ti, hurón, a ti... ¿Qué razones hubo para no fueses a mi boda?

LUIS.—Tampoco fué mi padre.

CONCHA.—El no podía abandonar la finca. Pero, ¿y tú?

LUIS.—(*Que ha enrojecido, como si le hubiesen cogido una falta.*) Ahí ves... Que yo estoy aquí a mis anchas.. que no me gusta Madrid.

CONCHA.—¿Que no te gusta? ¿Has estado allí?

LUIS.—Una ves me yevaron.

CONCHA.—¿Y no te gustó? ¿Es posible?...

LUIS.—Aqueyo es muy grande... Todo el mundo parese yeva prisa... Y eso de no conoser a nadie, con tanta ge que hay...

CONCHA.—¡Calla, tonto! ¿Tú qué sabes cómo es Madrid ¡Poco bonito!... Vamos a llevarte con nosotros, para que enteres de lo que es un pueblo con gracia y con simpatía. pueblo!... ¡Madrid de mi alma!... Te ponemos en medio la calle de Alcalá, y, antes de que lo pienses... ¡veinte novi

LUIS.—(*Riendo, alborozado.*) ¡Más que Catón!

CONCHA.—¡Y mejores que las de Catón!

LUIS.—No hase falta mucho para eso...

(*Los dos están ahora sentados ante la mesa. La charla hace más viva. Concha despliega toda su gracia fragante y*

›sa, y Luis la oye embelesado, como si se embriagara con placer, nuevo, para él.)

NCHA.—Lo malo será que a ti no te gusten las madrileñas.
IS.—¿Gustarme?... ¿Son como tú?
NCHA.—Yo soy de las del montón.
IS.—¡Huy!... Y ese montón, ¿es muy grande?
NCHA.—Regularcito; pero hay donde escoger. (*Con malicia.*) ser que tú hayas escogido ya en Alcolea.
IS.—¿Quieres cayarte? ¡Aquí no hay más que greñúas!
NCHA.—(*Riendo.*) ¿Qué son greñúas?
IIS.—(*Riendo también.*) Eso: ¡greñúas! Que no se peinan coú, ni hablan como tú, ni se ríen como tú, ni gastan esencomo tú... Mira que hay unas cuantas chiquiyas, Rosario el Aseituno, Encarnita la de las Tenerías, Trini la de la sa... unas pocas, que parese que son... ¡Y no son! Las ı eyas solas, y... ¡vaya! Pero yegas tú, y uno va y se quesí, como si abriese los ojos de pronto, y todo se le vuelve ιo preguntar: "¿Esto qué es, Señor, ésto qué es?"
NCHA.—¡Ay, qué gracioso!
IS.—Oye, Concha...
›NCHA.—¡Vamos, ya sabes mi nombre!
IIS.—Oye, Concha,... Yo quiero ir a Madrid... ¿Me vas a r? ¿Se lo vas a desir a mi madre?
›NCHA.—¡Pues claro que se lo digo! ¡Y vienes con nosotros, ιestra casa!
IS.—¿Cuándo?
NCHA.—Chiquillo, ¿qué prisa tienes?
IIS.—¡Dime cuándo, por tu salud!... ¡Que sí, que tengo muprisa!

'or el foro ha llegado ESPERANZA. Desde la puerta del paha oído con curiosidad y con inquietud, con no sabe qué ios, la parte final del diálogo, y al fin, decidida a cortarlo, ıza y pregunta:)

SPERANZA.—¿Qué hacéis?
'nmudece Luis al ver a su madre. Concha se levanta, acude a ›ranza, y, con la tranquilidad de la que no cree hacer nada ›roso, contesta:)
›NCHA.—¡Hablar! Resulta que Luis, con todo lo fosco que ce, es un charlatán de siete suelas... ¡Verá usted cómo aca'o domesticando a la fierecilla!
SPERANZA.—(*Con levísima ironía.*) Mira por dónde te vas a r como domadora.

CONCHA.—¡Seguro que me luzco!... Todo lo que le pas[a] chico es que se aburre. Hay que llevárselo a Madrid, para allí se nos divierta. ¿Verdad que usted dejará que nos le [lle]vemos?

ESPERANZA.—(*Yendo hacia Luis y abrazándole, en un m[ovi]miento instintivo, como si le amenazara algún peligro.*) ¡No

CONCHA.—(*Sorprendida.*) ¿Por qué no? ¿Va a estar [a]siempre?

ESPERANZA.—Siempre, no sé... Mientras yo pueda, no le d[ejo].

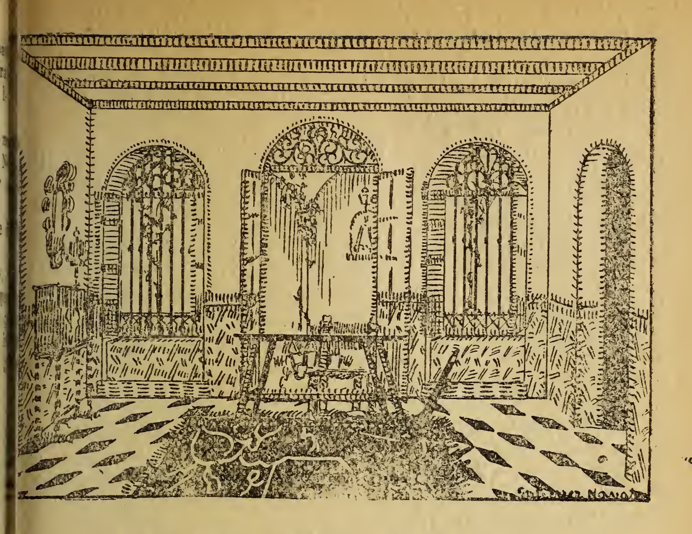
LUIS.—¡Madre!...

ESPERANZA.—¡No le dejo! (*Atrayendo hacia sí a Luis, con violencia.*) ¡Ha de estar con su madre, conmigo, porqu[e es] mío! (*Mirándole a los ojos, llena de amor y de angustia.*) ¿[Qué] grito fué el tuyo? Pero... ¿cómo has cambiado de pronto, hi[jo]? ¿Por qué miras así?... ¿Qué hay en tus ojos, Luis?... ¿[Qué] hay en tus ojos?...

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO





ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

uando se levanta el telón, es todavía de noche. La escena desierta y a obscuras. El patio del foro aparece envuel-n suave luz azulada, anuncio del próximo amanecer. Se ómo dos sombras atraviesan dicho patio, con no pocas auciones y entran en la sala. Son JOSE ANTONIO y CA-l, que vuelven de una de las excursiones nocturnas que o le placen al señor de la Zahina. Traen los dos bastante en el cuerpo, aunque el conde mantiene su apariencia ie y reposada. La luz se irá acentuando poco a poco, hasta día claro cuando se indique.)

ATON.—(*Al entrar a media voz.*) ¿Enciendo?

ANTONIO.—¿Para qué?

ATON.—Para que no tropecemos en los muebles.

ANTONIO.—¿No conoces la casa?

ATON.—Yo, creo que sí; mis piernas, creo que no.

ANTONIO.—¿Estás borracho, maestrillo?

ATON.—Como a usted le convenga.

J. ANTONIO.—¿A mí?
CATON.—Para que nos viniésemos de "Los Avellanos" dicho usted que tenía que llevarme a mi choza, porque est como un tonel.
J. ANTONIO.—¿Y no lo estabas?
CATON.—Lo que usted mande; pero aún tenía un rato aguante.
J. ANTONIO.—Te envidio. La reunión se había puesto que die la aguantaba.
CATON.—Me refiero al vino... ¡Bien bebe el Aceituno
J. ANTONIO.—Bebe de lo mío; figúrate... ¿Quieres tú más?
CATON.—De allí me sacó usted para que no bebiese. Ah me trae aquí para que siga bebiendo... Usted ordena, pero consigo comprenderlo.
J. ANTONIO.—Voy a buscar vino.
CATON.—¿A obscuras?
J. ANTONIO.—Me guío por el olor.
CATON.—Pues yo me huelo que va usted a dar un bataca como para despertar a todo el mundo.
J. ANTONIO.—¿Y qué? Si se despiertan, ¿qué? ¿Cuándo has visto entrar en "Los Jaramagos" de puntillas? ¿Has e trado tú así alguna vez?
CATON.—Así, no. A gatas, muchas.
J. ANTONIO.—A gatas, o de coronilla, o dando volteretas. C mo quieras entras. Yo soy el amo, y tú eres el amigo d amo, maestrillo. (*Bajando la voz.*) ¿Quieres que me ponga gritar?
CATON.—(*En un susurro.*) Me es lo mismo.
J. ANTONIO.—(*Siempre en tono bajo.*) Yo puedo alborotar. ver si te enteras! Y no me importa despertar a la gente.
CATON.—Pues entre despertarla a gritos, o despertarla e cendiendo la luz..., prefiero la luz.
J. ANTONIO.—¡Enciende si quieres, mastuerzo! (*Catón va hacerlo.*) Pero..., oye: si se despierta alguien, te rompo ur costilla.
CATON.—(*Sin encender y mirando al cielo desde la puer del foro.*) El caso es que ya mismito va a amanecer...
J. ANTONIO.—¡Ahora quiero que enciendas!
CATON.—(*Encogiéndose de hombros.*) ¡Bueno! (*Enciende el f rol que pende del techo y se ilumina la escena.*)
J. ANTONIO.—¡Qué cara tienes, Catón! A ti ya no te prueb esto...
CATON.—Verdad que no. Me sienta muy mal, lo sé.
J. ANTONIO.—¿Y cómo lo resistes?
CATON.—A fuerza de cazalla.

J. Antonio.—Te mata el aguardiente.

Caton.—De algo hay que morirse. El caso es no ponerse pedo. Lo que yo digo siempre: "Si me coge el tren, que sea or el pescuezo." La pena es la misma y se acaba antes.

J. Antonio.—Me has convencido. Voy por el vino... Porque ıora no beberás cazalla, sino manzanilla.

Caton.—Como usted quiera. (*Se va José Antonio por la izuierda, y Catón mira a todas partes, con algún temor.*) ¿Es s borracho, Exoristo Domínguez?... Yo creo que no; pero conde dice que sí... ¡Tienes que emborracharte, maestrillo! ú no puedes llevarle la contraria al que te paga el pan que comes y no te cobra el vino que te bebes... Catón, hijo, mborráchate, haz favor.

(*Por la derecha sale MANOLO, que viste ropas semejantes a ıs que usó en el primer acto. Se detiene en la puerta, sorpreníido al advertir que hay alguien en la sala.*)

Manolo.—¿Qué pasa? (*Avanzando.*) ¿Quién anda aquí?

Caton.—(*Volviéndose.*) ¡Vaya!... Manolito, hombre, no gries... ¡Estaba de Dios que se despertase alguno!

Manolo.—¡Catón!... ¿Qué haces tú en casa a estas horas?

Caton.—Aguardar a que venga tu padrastro a romperme un ueso. Ha jurado hacerlo si se alborotaba el cotarro.

Manolo.—¿Ha estado contigo?

Caton.—He estado yo con él, que no es igual.

Manolo.—¿Dónde?

Caton.—Por ahí... No irás tú muy lejos. ¿No vas a "Los ıvellanos"? Te advierto que allí te los encontrarás a todos on media en las agujas.

Manolo.—Pero... ¿y el conde?

Caton.—A la bodega ha ido. Se empeñó en darme a mí la untilla.

Manolo.—Yo me marcho.

Caton.—Haces bien. Recuerdos a Rosarillo.

Manolo.—Te equivocas; no voy al coto.

Caton.—Enhorabuena, porque perdías el viaje... Y, si no s al coto, ¿se puede saber adónde vas?

Manolo.—(*Vacilante, ya en la puerta del foro.*) ¿Saberse?... Después de todo!... Voy al Camino Nuevo.

Caton.—¿Al ventorrillo? ¿Donde Rafaela?... ¿Qué se te ha erdido a ti allí?

Manolo.—(*Bromista.*) Lo que tú me enseñaste, Catón, que ya se me ha olvidado.

Caton.—Pero..., ¡hombre, Manolo!... ¿Otra?... ¿No quedanos tú y yo?...

MANOLO.—¿Qué estás diciendo? ¡Si yo voy a tomar el co y a divertirme con los arrieros y con las hortelanas van a la plaza!...

CATON.—¡Y tu pobre mujer!...

MANOLO.—A mi pobre mujer déjala en paz. Yo me divi con lo mío, ella está tranquila... ¡y viva Alcolea!

CATON.—Manolito, hijo, eres un granuja

MANOLO.—Tú has sido mi maestro.

CATON.—Por eso lo sé... ¿Esto qué es, Señor? ¿Así an por el mundo los matrimonios? ¡Si por algo yo no me c hombre!... (*Manolo se ríe, de muy buen humor.*) En fin, sigo, no sigo... porque ahí sube el conde y la vamos a redar.

MANOLO.—¿El conde? ¡Me escapo! Mira, en el ventorrill espejo. Que no tardes, que lo pasaremos muy bien. (*Se va nolo por el foro. Avanza la mañana y la luz del día invad escena.*)

CATON.—¡Este niño!... ¡Hay que ver la sombra que tiene (*Apaga el farol.*) ¡Va a hacerme ir ahora al Camino Nuevo

(*Vuelve José Antonio por la izquierda. Trae una botella vino y dos vasos.*)

J. ANTONIO.—Alguien de aquí abajo le mete mano al v Y lo peor es que revuelve las botellas y confunde unas n cas con otras. (*Echando vino en los vasos e invitando a tón.*) Bebe, maestrillo. (*Beben los dos.*) ¡Ole el vinito bueno Oye, ¿hablabas ahora con alguien?

CATON.—(*Azorado.*) ¿Yo?...

J. ANTONIO.—¿O hablabas solo, que es el "non plus" de borrachera?

CATON.—Pues no, señor, que hablaba con Manolito.

J. ANTONIO.—¿Con mi hijastro? Se ha ido ya al campo, ¿ Tengo yo que averiguar por qué madruga tanto ese pollo cuezo y a quién ronda por ahí.

CATON.—(*Aprovechándose.*) Hará usted muy bien. Yo ya he dicho que un recién casado no debe dejar a su mujer p meterme en líos... Pero a mí no me escucha. Si usted int viene, será mejor.

J. ANTONIO.—Te advierto que a mí lo de que vaya a bus otra mujer me tiene tan sin cuidado como a ella. Esa c quita ha salido a su madre. Mucho espolvorearse la cara, cho untarse los labios de colorete, mucho ver si el talle de avispa y las patitas de perdiz... Y, luego, menos seso una mosca. Arrugó el hociquito el primer día que el mar tocó diana al amanecer; pero ya está conforme, y lo mis le da quedarse viuda con el alba que ver a Manolo hecho

pestiño a la hora de la siesta. (*Fatigado por el discurso.*) Mucho he hablado, Catón. Vamos a beber. (*Sirve vino y beben los dos de nuevo.*)

CATON.—Muy duro está usted con la nuera, señor conde.

J. ANTONIO.—La verdad, maestrillo. Conchita es un vilano. La soplas, y allá te va dando vaivenes y sin poner los pies en el suelo. ¡Como su madre!

CATON.—¡No me diga usted! ¿Un vilano doña Verónica? ¡Para mover esa mole hay que dar un resoplido que haya un terremoto!

J. ANTONIO.—O enseñarle un chato de manzanilla. ¿Tú te has fijado en cómo bebe? ¡Se pega cada latigazo entre horas!... Además, he descubierto que le gusta el aguardiente seco.

CATON.—¡De las mías!

(*Llega por la derecha ESPERANZA, que se detiene en la puerta oyendo a los personajes.*)

J. ANTONIO.—Ella dice que le entona el estómago. ¡Ríete tú!... Es que es doña María Pita... Te digo que era cosa de ir a despertarla para que nos hiciera el tercio.

ESPERANZA.—(*Avanzando serena, casi sonriente, como si tuviera ganas de bromear.*) Si os sirvo yo...

J. ANTONIO.—(*Sorprendido, pero sin inquietud.*) ¡Escucha!... ¿Qué haces tú, ya levantada?

ESPERANZA.—Aguardarte.

J. ANTONIO.—(*Con zumba, a Catón.*) ¡Mira qué buena!... Nosotros sí que seguimos en la luna de miel. ¿No te hace gracia, Catón?

CATON.—(*Que, aturdidísimo, no sabe por dónde escapar.*) ¿Ha descansado la señora condesa?

ESPERANZA.—(*Despidiéndole con un gesto.*) ¡Ojalá descanse usted como yo lo he hecho!

CATON.—A intentarlo iba. Precisamente me estaba despidiendo... (*A José Antonio.*) ¿Usted me manda algo?

J. ANTONIO.—¿Qué prisa llevas? Toma otro sorbo, hombre.

CATON.—No; muchas gracias. Voy para casa... y a que me dé un poquito el aire.

J. ANTONIO.—Eso está bien, porque la mañana es magnífica. ¡Me dan ganas de acompañarte!...

CATON.—No se moleste. A lo mejor, parece que está tan bonito..., y luego se enreda un tormentazo. Vaya, buenos días. (*Catón se va por el foro. Hay una pausa. José Antonio sabe que se avecina la tormenta de que habló el maestrillo y la desafía. Esperanza le contempla entre rencorosa y angustiada.*)

J. Antonio.—(*Sereno, sirviendo vino en los vasos, después d enjuagarlos con el propio líquido.*) Si venías a hacernos el te cio, no me explico que hayas despedido a Catón. Pero, en fir por mí, que no se diga. ¿Bebemos?

Esperanza.—(*Temblándole los labios, pero manteniéndose tra quila.*) Bebemos. (*Forzadamente, sin un solo gesto, se bebe vino de un trago.*)

J. Antonio.—No esperaba yo verte con esa valentía en la boc ¿De quién has aprendido?

Esperanza.—De ti.

J. Antonio.—Veinte años tardaste. (*Bebiendo a su vez.*) ¿I verdad te has levantado para aguardarme a mí?

Esperanza.—¿No lo crees?

J. Antonio.—¿Vale la franqueza? No.

Esperanza.—Lo comprendo. Si tardé veinte años en aprend a beberme tu vino, en un día supe que no debo perder el tien po en tu espera.

J. Antonio.—Sigues con la boca valiente. (*Resuelto a irse* ¿Necesitas algo?

Esperanza.—(*Deteniéndole.*) Sí; que me oigas... aunque no interese.

J. Antonio.—Tú lo sabrás.

Esperanza.—¡Sería demasiada suerte! ¿Qué puede interesar lo que ocurre en nuestra casa? ¿Cómo te ha de inquietar q yo te sorprenda a la vuelta de una francachela? Tantas vec te sorprendí, que ni tú tienes coraje que se te suba a la ca ni a mí me queda aliento para quejarme de tu desfachatez.

J. Antonio.—¡Esperanza! (*Recobrando la serenidad.*) Perd name, mujer. Bueno está que tú pierdas los estribos; yo quiero perderlos... ¿Qué decías de mi... desfachatez?

Esperanza.—Que, por ser tuya, ni siquiera puede ya herirn Es tu renombre, y no el mío, el que tiras al aire en "Los Av llanos". Es el linaje de los Zahina el que empapas en el vi de tus zambras, para ofrecérselo a las cortijeras que se amartelan. ¿A mí qué me importa ya eso?

J. Antonio.—Tiene gracia que, al cabo de los años, me pla tees una escena de celos.

Esperanza.—¿Celos yo? ¿Celos de tus aventuras a cam traviesa?... ¡Ahora sí que me agravias!

J. Antonio.—Entonces, ¿a qué viene el aguardarme al an necer y el desatarte en improperios contra mí?... ¡Contra mí Mira si te equivocas cuando hablas de mi linaje, que pue oírte con calma porque él me recuerda que eres la condesa la Zahina.

Esperanza.—Valiese más que te lo recordara el corazón.

ro no es la condesa de la Zabina la que te habla esta mañana. ¿Piensas que tantos años de silencio, tantas noches a solas y tantas amanecidas en que secaban el llanto de mis ojos las tufaradas del marido ebrio iban a quebrarse en estos reproches de hoy?... Olvida a la condesa de la Zabina y mira a una pobre mujer llena de angustias y de miedos, sombra en los corredores de su casa, espía en su propio hogar... ¿No lo comprendes José Antonio? ¿No adviertes el peligro?... (*Se nubla de lágrimas la voz de Esperanza y José Antonio acude a ella.*)

J. Antonio.—¿Qué dices? ¿Qué miedos tienes, y de qué peligros hablas?

Esperanza.—Esa mujer: Concha. ¿Estáis ciegos para no daros cuenta de que Luis anda ilusionado alrededor de ella?

J. Antonio.—¡Vamos!... ¿Quieres que piense en serio que has perdido el juicio?

Esperanza.—Es que yo veo lo que no veis vosotros. Es que, cada mañana, cuando Manolo se marcha a sus malditas correrías Luis acecha su salida y va en busca de Concha. Es que son horas y horas de charla, de bullir por la huerta, de cuchichear en los rincones, de andar en risas y juegos, que no saben estar el uno sin el otro. Es que es como una borrachera de este hijo nuestro... ¡Y tú no te enteras!

J. Antonio.—(*Riendo.*) ¡Bah!... ¡No te alarmes! ¿Ves lo que tiene tratar a Luis como a un chiquillo? Te empeñaste en tenerle aquí, pegado a tus faldas, sin que viera mundo, sin que estudiase apenas... Y ahora, cuando el chiquillo se te ha hecho hombre, no sabes qué resolver.

Esperanza.—No sé más sino que Concha le atrae... y que ni siquiera cabe achacarle a ella mala intención. Es sólo una egoísta atolondrada. Se le han despertado las codicias, sabe que Manolo no podrá satisfacerlas... y busca el apoyo de Luis. Lo triste es que Luis no vé en ella a la mujer de su hermano...

J. Antonio.—(*Atajándola.*) Sino simplemente a la mujer, ¿verdad? ¿Y de quién es la culpa? ¿Quién la trajo aquí? ¿Quién negoció esta boda estúpida de tu hijo, sin averiguar si realmente se querían los muchachos? Y ahora, después de tu botaratada romántica, es cuando te das cuenta. ¿Te extraña que ella empiece a desilusionarse? Porque, en el fondo, no hay más que eso: desilusión.

Esperanza.—Pero... ¿y Luis, que está como enloquecido, y anda al revuelo de ella... aún comprendiendo que no debe de hacerlo? No hay más que ver cómo me huye...

J. Antonio.—(*Optimista.*) ¡Ya se le pasará! Hoy es Concha; ayer fué Rosarillo, la de "Los Avellanos"; mañana será cual-

quier otra mocita que se le contonee con garbo... Y sin riesgo, créemelo. ¡Pura diversión! ¡Sangre de los Zahina!

ESPERANZA.—¡Pues no quiero yo que esa sangre envenene la vida de mi hijo! ¡No quiero seguir vigilando, temiéndole a que ocurra lo irremediable, o a que Manolo sepa lo que pasa y se figure lo que aun no pasó!... ¡No es la sangre de los Zahina la que me preocupa! ¡Es la mía, mi sangre, hecha carne en esos dos hijos que llegarán a odiarse! Y eso, no, José Antonio; eso, no. La mujer se pudo humillar ante el poderío de los Zahina. ¿La madre...? ¡La madre vive alerta y viene en tu busca, frente a frente, sangre contra sangre, para exigirte que pongas remedio a este horror!

J. ANTONIO.—(*Riendo de nuevo.*) ¡Vaya por Dios!... Vive tranquila, mujer, y sujeta un poco esa fantasía, que no ve más que catástrofes... ¡Si no va a ocurrir nada!... Te digo yo que no va a ocurrir nada. El mundo no es la novela que tú te imaginas. Lo que a ti te asusta, a mí me hace gracia... ¡Mira por dónde ha ido a despertar el diablo del chiquillo!... ¡Zahina legítimo, créelo! Y, por lo mismo, incapaz de una mala acción.

ESPERANZA.—(*Trémula de ira.*) ¡Zahina legítimo! Para los Zahina, la mujer es un juguete rendido a su capricho. Para los Zahina, no hay más ley que su voluntad ni más espuela que sus deseos... ¿Cómo no lo comprendí antes, y cómo se me ocurrió llamar a tu corazón, sin ver que iba a contestar tu orgullo? Dices verdad, José Antonio. ¡Zahina legítimo! (*Convencida de que todo ruego sería inútil, Esperanza se marcha altivamente por la derecha dando la espalda a su marido. Este la ve marchar, un poco indeciso. Luego se encoge de hombros, bebe el último vaso de vino y dice:*)

J. ANTONIO.—¡Esta mujer!... ¿De dónde sacará, a veces, tanto brío?... (*Saboreando el vino y sonriendo al pensamiento que le acomete.*) ¡También el chavalete sabe elegir a su gusto! Solo que... ¡bueno está lo bueno!... Ahora que no te oyen, José Antonio; por ahí no pasas tú. Mejor que enfile la proa hacia "Los Avellanos"... y que tengamos paz en la casa. ¡El demonio del niño!

(*Se va también José Antonio por la derecha. Hay una pausa y sale por la izquierda CARMELITA, en traje de "faena" y armada de escoba, cogedor, sacudidor, paños de limpieza. Viene canturreando un fandanguillo popular con muy poquísima gracia, la pobre.*)

CARMELITA.—Por la Sierra galopando,
por la Sierra galopando,
entre Portugal y España...

(*Disponiéndose a barrer el suelo.*) ¡Malhaya sea! ¡Ca ve hay que darse más madrugones!... (*Abriendo de par en par los ventanales del foro, y siguiendo su copla.*)

Juan de la Crú va cantando...

(*Barriendo sin gana y por compromiso.*) A Juan de la Cru le ponía yo a barré la sala baja, a ve si cantaba... (*Olvidando la copla.*) ¡Ya se m'ha dío! (*Empieza a cantar de nuevo, mientras el foro, muy agitada, y dice:*)

Por la Sierra galopando,
por la Sierra galopando...

(*Se ve cruzar rápidamente el patio a CONCHA, que entra por el foro muy agitada, y dice:*)

CONCHA.—¡No digas nada, Carmelita!

CARMELITA.—(*Sorprendida.*) ¿Qué tengo de desi?...

CONCHA.—¡Que no me has visto! ¡Sigue cantando!... (*Va a esconderse, a toda prisa, detrás de la puerta del lateral izquierda.*)

CARMELITA.—¡Ah, bueno!... La primera ve que me mandan que cante... ¡Siempre me disen que va a yové!...

Entre Portugal y España...
Por la Sierra galopando,
entre Portugal y España...

(*Ha terminado el barrido y comienza a limpiar el polvo de los muebles. Por el foro entra LUIS, en traje de mañana, pero más atildado que en el primer acto. Al entrar pregunta a CARMELITA:*)

LUIS.—¿Dónde está?

CARMELITA.—¡Vaya! ¡Ya se m'ha dío otra ve!

LUIS.—¡Qué dónde está!...

CARMELITA.—¿Quién? ¿Juan de la Cru? Entre Portugal y España.

LUIS.—¡La señorita Concha, desaboría!

CARMELITA.—(*Siguiendo su limpieza.*) Yo no he visto ná.

LUIS.—¿Qué no has visto?...

CARMELITA.—(*Desentendiéndose.*)

Juan de la Crú va cantando...
Juan de la Cru va cantando...
Juan de la Cru va cantando...

(*No atina con el final de la copla. LUIS, que se había asomado a los ventanales del foro y miraba desde allí al patio, se vuelve bruscamente.*)

LUIS.—Pero... ¿qué es lo que va cantando Juan de la Crus, atontá?

CARMELITA.—Argo der contrabando, de la perla y de la castaña; pero no me acuerdo bien.

LUIS.—¿De verdad no has visto a la señorita?

CARMELITA.—¿De verdá?... Niño Luí, a mí no me preguntes.

LUIS.—¿Por dónde se entró?

CARMELITA.—De habé entrao, habrá sío por la puerta.

LUIS.—Oye, tú; ¿te vas a quedar conmigo?

CARMELITA.—(*Apresurando la limpieza.*) No, que me voy a dí.

LUIS.—¿Me lo dices o no? (*Concha entreabre la puerta de la izquierda, y dice desde allí:*)

CONCHA.—¡No te enfades, "niño Luí"!

LUIS.—(*A Carmelita.*) ¿Lo ves cómo estaba?

CARMELITA.—¿Y había dicho que no estuviese?

CONCHA.—(*Que avanza, riéndose.*) Le encargué yo que se callara.

LUIS.—Cantar, bien ha cantado.

CARMELITA.—También me lo encargó.

LUIS.—Anda, niña, vete... Vete a buscar a Juan de la Crus.

CARMELITA.—¿Sin concluí de limpiá?

LUIS.—Ya está bien limpio.

CARMELITA.—Lo que quiera er niño. (*Recoge los trebejos de limpieza y el servicio de vino que sacó José Antonio y se va por la izquierda.*)

CONCHA.—(*Burlona, a Luis.*) ¿Estás muy rabioso, cuñadito?

LUIS.—¿Por qué echaste a correr de la huerta?

CONCHA—Por darte una broma. ¡Como tú te escondías!...

LUIS.—Me paresió que mi madre se asomaba a una ventana alta.

CONCHA.—¡Qué atrocidad! ¡Aunque se asome!... ¿Hacías algo malo?

LUIS.—Malo, no; pero eya tiene su genio, y no hase más que sermonearme. Se empeña en que yo di un cambiaso.

CONCHA.—(*Risueña.*) ¿Y es verdad que lo diste?

LUIS.—Según como se mire... Que antes me aburría en la casa y ahora me divierto. Y eso les asombra, porque creían que yo era un ogro.

CONCHA.—¡Qué vas tú a ser un ogro, chico! ¡Menudo guaja estás!...

LUIS.—¿Qué es eso de guaja?

CONCHA.—Que te pierdes de vista. Y que te gusta mucho andar de conversación.

LUIS.—Contigo, sí. Tú sabes hablar, lo que se dise hablar... No eres como los demás del cortijo.

CONCHA.—(*Riendo.*) ¡Mira el "niño Lui"!

LUIS.—(*Enojado.*) ¿Por qué me yamas niño?

CONCHA.—¿No te lo llaman todos?

LUIS.—Los otros..., vaya, que sea. Tú, no; te lo he dicho mil veces. Tú tienes que yamarme Luis, quitando lo de niño, que no me hase grasia.

CONCHA.—(*Con burlona seriedad.*) Bueno..., "hombre Luí".

LUIS.—Así está mejor.

CONCHA.—¡Hay que ver qué hombre, que todavía gatea por los árboles en busca de nidos!...

LUIS.—Uno de "jirgueros" que hay en lo "arto" de un chopo. Quería cogerlo para tí.

CONCHA.—¿Y si te caes y te estrellas?

LUIS.—¡A ver si crees tú que yo soy un "arfeñique" de esos de Madrid, que no saben lo que es coger un nido!...

CONCHA.—(*Alegre.*) ¡Presume, cuñado!

LUIS.—¡Poco bonito que es ver a la hembra aleteando cuando tú alargas la mano, y al macho revolar a tu alrededor, que, si te descuidas, te arranca los ojos con el pico!

CONCHA.—(*Intrigada.*) Oye, ¿y por qué lo hace?

LUIS.—Porque no te yeves el nido. ¡Por defender a las crías!... ¡Qué salaos los pajariyos, temblando como si estuviesen arresíos, enseñando las boqueras y dando unos vagíos que te crees que se echan a yorar!... Y puede que sea eso: que yoren, y uno no los entienda.

CONCHA.—(*Repentinamente seria.*) Pues no tiene gracia. Ahora me alegro de que no lo cogieses.

LUIS.—Era para enseñártelo. ¿Tú no me habías dicho que querías ver uno?

CONCHA.—Por curiosidad; porque no sé cómo pueden unos pájaros hacer una casa, según tú lo explicas, ni más ni menos que las personas.

LUIS.—¡Mejor que las personas! Ayí no hay pintores, ni albañiles, ni nada que lo valga, más que ellos, que trabajan solitos, con un primor que da alegría mirarlos... ¿Y valientes para defender el nido?... ¡Jesús! ¡La de picotasos que tengo yo yevaos!...

CONCHA.—Y hacen bien. ¡Con lo difícil que será tanta faena!...

LUIS.—Para eyos, sencillísima. ¿No ves que se quieren? En queriéndose, todo es muy fásil.

CONCHA.—¡Anda, niño! ¿Quién te ha enseñado a tí eso? ¿Catón?...

LUIS.—Ya podría dar lecciones; pero no las dá... Yo creo que estas cosas del querer se aprenden solas. Lo mismo los pájaros que los hombres y las mujeres... (*Audazmente.*) ¿Tú cómo aprendiste?

CONCHA.—¡Y yo qué sé!... ¡Vaya una pregunta!

LUIS.—¡Ni tú, ni nadie! Es lo que yo pienso... Se dise: "¡A quererse!" y ya está...

CONCHA.—(*Sorprendida y maliciosa.*) ¿Así, de repente? ¿Como un cohete?... Pero, dime, cuñado: ¿a quién has querido tú de esa manera? Porque, oyéndote hablar...

LUIS.—(*Cuyo desenfado se convierte ahora en timidez.*) ¡Vete a saber!... A lo mejor, estás queriendo sin pensarlo, y a lo mejor piensas que quieres y todo es fantasía. Lo malo es cuando uno se pone a cavilar sobre esto, que le entran sudores y angustias, y un escalofrío de calentura que se asusta uno. ¿A tí no te ha pasado nunca, Conchiya?

CONCHA.—(*Rompiendo a reír, acaso para que la charla termine en burlas.*) ¡Quita de ahí, cuñado granuja, que eres un grandísimo hipócrita! ¡Que, con ese aire de "niño Luí", tienes tú muchísima malicia!

LUIS.—(*Recobrando su dominio.*) Pero no me contestas.

CONCHA.—¡Yo qué te voy a contestar, si casi me estás faltando al respeto!

(*Por el foro llegan MANOLO y CATON.*)

MANOLO.—(*Al entrar, a Concha y a Luis.*) Muy alegres estáis. Desde ahí fuera se oyen vuestras risas.

CONCHA.—En algo hay que distraerse, hombre. ¿De dónde vienes tú?

MANOLO.—De tomar el aire y de hacer rabiar a Catón.

CONCHA.—¿El aire nada más? Pues huele aquí el aire a aguardiente que tira de espaldas.

MANOLO.—(*A Catón.*) Ya lo notó. ¿Has visto qué olfato? (*A Concha.*) Total, dos copas de Rute en el Camino Nuevo.

LUIS.—En el Camino Nuevo dan el Rute en vasos grandes.

MANOLO.—¡Ya salió el niño!

CONCHA.—(*A Catón.*) ¿A usted también se lo dan así?

LUIS.—A éste se lo dan fiado, que es como le gusta.

CATÓN—Pues te equivocas. Hoy no he bebido aguardiente, sino zarzaparrilla para la sangre.

MANOLO.—(*Riendo, a Concha.*) ¡Está que bufa! ¡No puede con mis bromas!

CONCHA.—Sí, tú eres muy gracioso... ¿Para eso te das tantos madrugones?

MANOLO.—¿Vas a empezar, Concha? ¿Vas a meterte otra vez en lo que yo hago?...

CONCHA.—Si te parece...

MANOLO.—Me parece que con hacer yo mi gusto y tú el tuyo estamos de acuerdo. Y sin peleas... ¿Qué quieres? ¿Tenerme siempre en casa? La casa es para las mujeres y los chicos. Para tí... y para éste. (*Por Luis.*)

LUIS.—Tienes rasón. Y para tí la taberna, que es donde estás a tus anchas.

MANOLO.—Tú a callar.

LUIS.—Si quiero cayarme, que en mí no mandas... y estoy en mi casa. Más que tú...

CATON.—(*Interviniendo.*) ¿Vais ya a empezar a pelearos?

MANOLO.—Este crío me anda buscando...

LUIS.—(*Engallándose.*) Para buscarte iría a la venta de la Rafaela, que ya sé el camino.

MANOLO.—(*Yendo hacia él.*) Oye, que me vas a encontrar aunque no me busques.

CONCHA.—(*Interponiéndose.*) ¡Manolo!... ¡Vamos! ¿Qué es lo que te pasa?

MANOLO.—Que el mocito tiene muchos humos y va a haber que bajárselos... (*Mirando con cierto enojo a Concha.*) Y no creas que no tienes tú culpa en esto. Es mucho mimar al niño y mucho reírle las gracias. A lo mejor se cree de verdad que vamos a llevarle en palmitas para que nos proteja y seamos sus esclavos. ¡Si conoceré yo su soberbia! (*Cogiendo de un brazo a Concha.*) ¡Anda para adentro, que no quiero tener tropiezos! (*Se van Concha y Manolo por la derecha.*)

CATON.—(*A Luis, muy cariacontecido.*) La Rafaela le echa pólvora al aguardiente. Está tu hermanito que es un triquitraque.

LUIS.—¡A ver si estaya de una ves!

CATON.—También tú estás sacando un aire que no hay quien te conozca, Luisito de mi alma. Así como a otros les salen granos en el desarrollo, a ti te ha salido un genio que tu papaíto a tu lado es una malva. ¿A qué viene estar siempre de punta con Manolo?

LUIS.—¿Y a qué viene que yo sea siempre el niño, el hasmerreír, el que tenga que aguantar las burlas?... ¡Eso se acabó! Conmigo no hay quien se divierta. ¡Y menos delante de una mujer!

CATON.—(*Con gravedad insospechada en él.*) De la suya... ¿No te das cuenta de que es la suya? ¿La mujer de tu hermano?...

LUIS.—Me es igual. No quiero que él gose mortificándome. Pero... ¿qué te voy a contar a ti, Catón? ¡Si lo conosés tan bien como yo y sabes que es un mala sombra!...

CATON.—¡Toma, si lo sé!... ¡Fíjate en el numerito que a mí me ha hecho! ¡Ponerme en evidencia con la Rafaela!... Sin dormir estoy. Me soltó tu padre y me agarró tu hermano. Se me fué al ventorrillo y allí tuve que ir a buscarle.

LUIS.—¿Y por qué tomas en serio a la Rafaela, pelmaso?

CATON.—¡Yo qué voy a tomar!... Pero allí, mal o bien, tengo siempre unas lonchas de jamón serrano y un vaso de vino de Sanlúcar... ¿No ves que entre los arrieros y los trajinantes puede uno presumir? Pues llega tu hermano, le sopla a la Rafaela tres chirigotas de las tuyas, y ella, embobada... ¡y yo, en ayunas! ¡Me ha dado hoy una mañanita!... Calentura creo que tengo.

LUIS.—Mira no sea del vino de Sanlúcar.

(*Por el foro llega DOÑA VERONICA, tan emperejilada y compuesta como en el primer acto.*)

VERONICA.—Muy buenos días. ¿Tan temprano y ya en clase? ¡Deje usted respirar al pobre muchacho, señor maestro!

CATON.—(¡Vaya!) ¿Qué hay, señora?

VERONICA.—Disfrutando de ese huerto, que es una bendición. Y oyendo al hortelano..., ¡que se le ocurre cada barbaridad!...

CATON.—Me las figuro.

VERONICA.—Pero con gracia, no vaya usted a creerse. Y con muchísimo respeto. ¡Si viera usted cómo coge las brevas, y con cuánta finura las sirve!... Parece un mayordomo. Nueve me he comido.

CATON.—¿Nueve mayordomos?

VERONICA.—¡Ande, guasón! (*A Luis.*) Y tú, ¿cómo estás tan callado, Luisito? Por supuesto, callado, ahora. Antes ya te sentí de palique con la niña.

LUIS.—Charlamos un ratiyo, sí, señora.

VERONICA.—¿Un ratillo? Si es por teléfono, os arruináis. (*A Catón.*) ¿Usted ha visto qué buenas migas hacen los dos? La verdad, no es porque sea mi hija, pero mi Conchita congenia con todo el mundo. Tiene un agrado y una simpatía... Por algo se dice que quien lo hereda no lo roba.

CATON.—¿Lo heredó de su padre?

VERONICA.—¡Calle usted! ¡Así que no tenía seriedad mi difunto!... Lo contrario que yo, que era un bulle-bulle y un

tole-tole que no había por donde cogerme. ¿Ve usted Concha? ¡Igual!

CATON.—(*A Luis.*) ¿Te fijas, tú? ¡Igual! Doña Verónica ha sido igual que su hija. ¿Qué te parece?

LUIS.—Que ya fué bueno el cambio.

CATON.—(*A Doña Verónica.*) ¿Y eso se lo ha dicho usted a Manolo?

VERONICA.—¿A santo de qué?

CATON.—Para que se vaya haciendo a la idea de lo que será su costilla con el tiempo.

VERONICA.—¡Qué maestro Domínguez! ¿De dónde saca usted esos golpes, hombre de Dios? Bueno, como todos los de esta tierra. Yo es que la gozo. La pena es tener que irse.

LUIS.—¿Se van ustedes a ir?

VERONICA.—Hijo, algún día habrá que tomar el tren. ¡Ay, me da horror pensar en la travesía de la Ballesta!... Y en pleno verano... y con la alcoba empapelada.

CATON.—¿Cosas de la justicia?

VERONICA.—Cosas del casero, que no hace una reforma así le piquen. ¡Usted no sabe qué chicharrera es aquel piso cuarto!

LUIS.—Todavía no se marcharán ustedes. ¿Verdad, Catón?

CATON.—¡Qué se van a ir, con tantas brevas como quedan en el huerto!... Y que el hortelano sigue afinándose. Ahora me ha pedido que le dé unos repasos de francés...

VERONICA.—(*Riendo.*) ¡Otro golpe! ¿Cuántos van a ser, maestro Domínguez?

CATON.—No todos los que usted se merece, doña Verónica.

VERONICA.—En fin, yo he venido a interrumpirles la clase.

CATON.—No, señora; me voy ahora mismo. El discípulo se queda hoy libre. Ea, ¿manda usted alguna cosa?

VERONICA.—Que siga usted tan zaragatas, señor Catón.

CATON.—Y usted que lo vea. Hasta luego, Luis. (*Se va Catón por el foro.*)

VERONICA.—Es muy bueno este profesor. Ya supieron tus padres lo que hacían poniéndote en sus manos.

LUIS.—¿Usted lo cree así? (*Tras una ligera vacilación.*) Escuche, doña Verónica... Lo de que se vuelven ustedes a Madrid será una broma...

VERONICA.—¡Ay, hijo! A broma querría yo tomarlo. A lo bueno se acostumbra uno pronto, y de pensar que llegará una mañana que no me pasen a la cama el chocolate con picatostes me entran repeluznos.

LUIS.—Pues si están aquí a gusto...

VERONICA.—No, si yo sé de sobra que, por tus padres, en la finca estaríamos hasta que hiciesen en Madrid la prolonga-

ción de la Castellana. Y por nosotras, excuso decirte. De almorzar mano a mano con unos condes de verdad a regatear la lombarda en la Corredera, figúrate si hay diferencia.

LUIS.—Entonces, ¿por qué han de marcharse?

VERONICA.—Porque Manolo tiene que caer en la cuenta de que los jaramagos no van a crecer aquí, sino en su bufete de Madrid, que para algo lo ha puesto.

LUIS.—¡Es verdad! ¡Manolo!...

VERONICA.—(*Muy insinuante.*) Hazte cargo de que ha de ganarse la vida. El no es millonario, como tú lo serás algún día...

LUIS.—¡Vueltas con los miyones!... ¡Siempre me están hablando de eso! ¡Ni que fuera un pecado!

VERONICA.—¡Qué va a ser, hijo de mi alma! ¡Ay, quien los tuviera!... Bastantes chascos se ha llevado una. Pero de esto no quiero hablar, que me solivianto. Manolo trabajará y sacará adelante su casa. ¡Ya lo creo! En fin, tú has de verlo, porque mi Conchita piensa que te vayas con ellos una temporada.

LUIS.—Usted verá cómo no me dejan. Y tampoco querrá Manolo yevarme.

VERONICA.—No te ocupes de eso. Había de emperrarse en que no, y cuando mi niña le hiciese dos guiños, diría que sí. ¡Pues no tiene gancho el angelito!...

LUIS.—(*Con mal contenida aspereza.*) ¿Sabe usted lo que le digo? Que si a costa de eso iba yo a ir, mejor estoy en el cortijo. No quiero que Concha se ponga empalagosa por mí.

VERONICA.—¿Qué hablas de empalago, chico? Pues si las mujeres no tuviéramos esta facilidad de hacernos de merengue, ¿qué sería de nosotras?

LUIS.—¿Usted también, doña Verónica?

VERONICA.—Tienes razón; a mí se me acabó el azúcar hace mucho tiempo. Como el difunto levantase la cabeza, ¿qué había de conocerme, si yo he sido un panal?

LUIS.—(*Bromista.*) Pues ya se han escapado las abejas.

VERONICA.—(*Riendo con mucho alborozo.*) ¿Ves cómo no niegas a tu maestro? ¡Las mismas salidas!

(*Por el foro llega ESPERANZA. Trae unos manojos de flores, que en el curso del diálogo que sigue va colocando en los cacharros que hay sobre la mesa y el vargueño. Al verla, le dice Doña Verónica:*) Mira tu chiquillo, Esperanza, que está tomándome el pelo.

ESPERANZA.—No se lo consientas, mujer.

VERONICA.—¿Qué más da, si me gusta oírle? ¡Si soy yo la que le pincho!...

ESPERANZA.—También lo creo. A este hijo mío parece que le pinchan ahora por todas partes.

LUIS.—(*Al que la presencia de su madre ha quitado los ánimos.*) No es eso; es que estábamos de broma...

VERONICA.—Haciendo proyectos. Habíamos tomado un kilométrico con la imaginación. Tú sabes que Concha quiere llevarse a Luis a Madrid para que se divierta un poco...

ESPERANZA.—¿Eso quiere Concha?

VERONICA.—Y, claro, el chico está ilusionado con irse; pero teme que vosotros no le dejéis.

ESPERANZA.—(*A Luis, mirándole con una mezcla de ternura y de lástima.*) Tú quieres marcharte, ¿verdad?

LUIS.—Yo...

ESPERANZA.—¿A casa de tu hermano?

VERONICA.—Es natural que quiera, mujer.

ESPERANZA.—¡Ay, si Dios me diese la alegría de que eso fuera natural!...

VERONICA.—¿Cómo no la ha de ser? Tú comprenderás la intención de Concha...

ESPERANZA.—La comprendo, la comprendo... (*Con repentina acritud, que procura reprimir en el acto.*) Pero esa intención no me interesa; me interesan las otras, la de Luis, la de Manolo... Las intenciones de los dos hermanos, que son los que deben estar juntos. ¡Juntos!... ¡Mira si yo los viese!... (*Reponiéndose, a Doña Verónica.*) Ya se hablará de esto cuando sea menester. Me disculpas, ¿no? Cada madre tiene sus manías con los hijos.

VERONICA.—(*En retirada.*) ¿Qué me vas a decir a mí?... (*A Luis.*) ¡Ea, no dirás que no soy buena diplomática! ¿Ves cómo tu madre no se opone, en principio? Ahora, acaba tú de convencerla para que preparemos el viaje. (*A Esperanza.*) Bueno, estoy clavándome el cuchillo donde más me duele. Porque lo que más me duele es irme de aquí, te lo juro. A las parrillas me vuelvo, como San Lorenzo, con tal de que los chicos la gocen. Ahí te lo dejo... Y cuando tú dispongas, nos lo llevamos. ¡Pues voy yo a presumir poco en Madrid con el príncipe de la Zahina!... Cuando te lo enviemos es otro. ¡Que no se te olvide que es otro!... (*Se marcha por el foro.*)

(*Esperanza, que ha terminado de colocar las flores, mira largamente a Luis, que está desconcertado y confuso, y le dice, por fin.*)

ESPERANZA.—Di que no quieres ir, hijo.

LUIS.—(*Encogiéndose de hombros.*) Me es igual, madre.

ESPERANZA.—No te es igual; ¡no debe serte igual, Luis!

LUIS.—¿No dises tú que voy a casa de mi hermano?

ESPERANZA.—¡Calla! Mucho sabes ya fingir, pero no tanto que engañes a tu madre. (*No puede Luis afrontar la grave mirada*

de su madre y aparta de ella los ojos. Esperanza le atrae, acariciándole, llena de amor y temblándole en la voz los reproches.) No desvíes la mirada, que a mí sí tienes que verme siempre... Mírame, hijo, y que yo vea en tus ojos todo lo que te está envenenando.

LUIS.—Ya te miro, y no sé por qué me hablas de ese modo.

ESPERANZA.—Porque me das pena... Porque, para que se te caiga de los ojos toda la tierra que te los enturbia, tendrás que aclararlos con lágrimas...; ¡y no sabes tú lo que yo daría por que no tuvieses que llorar!

LUIS.—No pases miedo, que ya he aprendido que los hombres no yoran.

ESPERANZA.—¡Infeliz!... ¿Cómo quieres ser hombre, si no has llorado todavía? Ya sabrás lo amargo que es el llanto.

LUIS.—O no lo sabré.

ESPERANZA.—Esa es tu ceguera: sentirte empujado hacia malos caminos y no ver el peligro, como si así te convencieras de que no existe. "Voy a casa de mi hermano", dices... ¿Pero no sabes que no es verdad, que adonde quieres ir es a casa de...? *(Estremecida.)* ¡No, tú no irás allí! ¡Dios me dará fuerzas para impedirlo!

LUIS.—¿Qué piensas? ¿De qué me crees capas?

ESPERANZA.—¡Qué sé yo!... De todo, mientras no sepas lo que te hierve en las venas y te tiembla en los labios, lo que te pone triste y alegre y te hace reír y desesperarte... ¡Eso que tú no te explicas ahora!

LUIS.—*(Mirándola con inquietud.)* ¡Madre!... ¿Será verdad que tú adivinas?...

ESPERANZA.—*(Atajándole.)* Me llamas madre... ¡y quieres que no adivine lo que sufre mi hijo! Mejor que tú, que ni lo comprendes, ni te horrorizas, ni sientes vergüenza de ti mismo.

LUIS.—Quisa no lo comprenda; pero yo nunca tuve alegría mayor que la de ahora, con no saber lo que quiero ni lo que busco. Me pongo a pensar lo más malo, me echo a temblar de coraje... ¡y estoy contento! Porque si la imaginasión empiesa a volar, vuela a nuestro gusto y no hay quien la sujete ni la castigue... ¡Déjame que yo piense lo que no puede ser, lo que no será nunca!...

ESPERANZA.—*(Tapándole la boca.)* ¡Calla, Luis! ¿Quién puede hacerte hablar de esa manera, y cómo no te arde la boca con el fuego de tus palabras? *(Poniéndole las manos en los hombros y mirándole con fijeza.)* Quisiera verte hasta lo más hondo y que mi aliento pudiera secar todo lo que hay de podrido en tu carne. ¿Es posible que esta carne, que es mía, que ha salido de mí, pueda llevar esa miseria? Tengo yo que limpiarla con

mis besos y con mis lágrimas y verla estremecida por el horror que le inspire tanta vileza... (*Le besa, le acaricia, le acuna entre sus brazos.*) Hijo, hijo loco, hijo ciego... No te importen tu ceguera ni tu locura, que estoy yo contigo, que estoy yo contigo, que estoy yo contigo...

(*Habla ya con voz tenue, como un susurro. Se diría que arrulla y adormece al hijo refugiado en sus brazos. Y así los sorprende CONCHA, que llega por la derecha con visibles muestras de enojo y con los párpados enrojecidos, como si acabase de llorar.*)

CONCHA.—(*Al salir.*) ¡Ah! Perdón... No creí que hubiese nadie.

ESPERANZA.—(*Volviéndose hacia ella, sin abandonar a Luis, al que mantiene sujeto.*) ¿De dónde vienes?

CONCHA.—De arriba, de mi cuarto.

ESPERANZA.—¿Volvió Manolo?

CONCHA.—Valiese más que no hubiera vuelto.

ESPERANZA.—¿Ha habido pelea?

CONCHA.—Y no por mi culpa. Este (*Por Luis.*) lo vió. Traía ganas de hacerme llorar y no paró hasta conseguirlo.

LUIS.—(*Desprendiéndose de los brazos de Esperanza.*) ¿Tú oyes?

ESPERANZA.—(*Serena y hasta sonriente.*) ¿No he de oír? (*A Concha.*) ¿Y venías en nuestra busca para contárnoslo?

CONCHA.—Buscaba a mi madre.

ESPERANZA.—¿Y qué vas a decirla? ¿Que tu marido te hizo llorar?... ¡Pues si las mujeres echásemos pregones cada vez que lloramos por culpa del marido!...

CONCHA.—Manolo no se ha portado bien. No merezco yo que me trate como me trata, despreciándome y amenazándome.

LUIS.—(*Impetuoso.*) ¿Que te amenasó?... ¿Por causa mía?...

ESPERANZA.—¿Cómo por causa tuya?

LUIS.—Sí, porque la pelea empesó conmigo... Y porque yo me revolví contra él, la tomó con Concha. Ya lo has oído: ¡la amenasa, el muy cobarde!... ¡A una mujer! ¡No se atrevió delante de mí, y aguardó a que estuvieran solos!...

ESPERANZA.—¿Qué estás hablando ahí? (*Volviéndose a Concha.*) ¿Ves lo que consigües?

CONCHA.—No haga usted caso. Manolo traía ganas de reñir, y aprovechó el primer pretexto.

LUIS.—¡Ya me oirá él a mí luego!

ESPERANZA.—Ni luego, ni ahora. Déjanos, Luis.

LUIS.—¿Es que estorbo?

ESPERANZA.—Es que quiero hablarle a Concha. Vete. (*Viendo que Luis permanece indeciso.*) ¿No me oyes? (*Intimidado por el acento enérgico de su madre, Luis se va hacia el foro.*

Antes de llegar a la puerta mira con inquietud a Concha; pero su mirada choca con la de Esperanza, melancólica y grave. Ante ella, el muchacho inclina la cabeza y se va lentamente. Apenas se ha ido, Esperanza dice a Concha:) ¿Todavía no te das cuenta? ¿No pararás hasta ver frente a frente a los dos hermanos?

CONCHA.—(*Asombrada.*) ¿Qué está usted diciendo?

ESPERANZA.—Bien claro te hablo.

CONCHA.—¿Y qué piensa de mí? ¡Si no tengo más afán que verlos unidos!... Digo, de sobra lo sabe usted.

ESPERANZA.—Y sé también los propósitos que te guían. Tú no me los has dicho; pero yo los sé.

CONCHA.—(*Rebelándose ante el ataque.*) ¿Cuáles son? ¡No podrá usted reprocharme ningún mal pensamiento!

ESPERANZA.—¡Seguro que no! ¡Si eres muy generosa!... Tan generosa, que acabarás llevándolos a la catástrofe.

CONCHA.—¿Yo?...

ESPERANZA.—¿Quién ha de ser? ¿Es que no te lo imaginas?... Lo peor será eso: que hagas el daño, y ni siquiera lo hagas por maldad.

CONCHA.—¿De qué daño me habla? Si no soy mala, y usted lo reconoce, ¿por qué me trata así?

ESPERANZA.—Porque soy madre, y veo el riesgo que corren mis hijos.

CONCHA.—¿Por culpa mía?

ESPERANZA.—Por culpa de tu codicia y de tu egoísmo. Porque quisiste atraerte a Luis pensando que sus riquezas os serían provechosas algún día. ¡Esa es la unión que buscas!

CONCHA.—(*Sin valor para la negativa.*) Y aunque así fuera, ¿es algún crimen que yo procure estar a buenas con el que puede ayudarnos?

ESPERANZA.—Para tus cálculos, no. Has tendido tus redes, y ya está preso en ellas Luis. Y como no se trata ahora de cazar al novio, ni al marido, ni siquiera al amante, sino al protector, no has querido advertir con qué ojos te mira mi hijo, ni qué ansias has despertado en ese niño... del que ya has hecho un hombre.

CONCHA.—(*Sinceramente espantada.*) ¡Calle, calle usted!

ESPERANZA.—¿Ahora vas a espantarte? ¿Por qué no te espantabas cuando en cada halago ponías una promesa, y una cuchillada en cada sonrisa? No basta que tú digas: "De aquí no pasaré", porque él querrá pasar, y lo que en ti sea mezquino interés, será en él ímpetu y pasión.

CONCHA.—¡Usted no puede creer que yo proyectase tal infamia!

ESPERANZA.—¿Qué vale que tú no lo pensaras, si ya has hecho el mal?

CONCHA.—¡No lo hice yo!

ESPERANZA.—¡Lo has hecho tú! Por vanidad, por conveniencia, por lo que sea, lo has hecho.

CONCHA.—No siga usted... que temo que sea usted capaz de decir que me he enamorado de esa criatura.

ESPERANZA.—¿Amar tú a nadie?... Eso no sería lícito; pero, por lo menos, sería valiente. Ni amas a Luis... ni amas a Manolo. Si con amor hubieses mirado a los ojos de tu marido, ¿no hubieras visto en ellos la misma llamarada que hay ahora en los ojos de tu hermano? ¡Entonces sí que te hubieses horrorizado!

CONCHA.—(*Irguiéndose, llena de nobleza y de dignidad.*) ¡Déjeme usted de horrores! Yo no necesito más que mi honradez para ser una buena esposa. (*Ante un gesto de Esperanza.*) ¡Buena, sí! ¡Tan buena, que ojalá fuese verdad que no quiero a Manolo! Queriéndole, ya es sacrificio convertirme en su esclava, verle que me abandona para buscar a otras mujeres, resignarme con sus desprecios y no recoger más que las migajas de su cariño... ¿Qué sería no queriéndole?

ESPERANZA.—¿Qué vas a enseñarme a mí de eso?

CONCHA.—Ni de eso, ni de nada. Pero usted, con toda su grandeza, no tiene derecho a insultarme a mí, con toda mi pequeñez.

ESPERANZA.—No te insulto, Concha. Te pido... ¡mira tú si es poco!, que se acabe esta lucha. (*Con lágrimas en los ojos y en la voz.*) ¿Quieres que me humille? Humillándome te suplico que renuncies al torpe juego que sigues con mi hijo.

CONCHA.—Pero... eso sería confesar que hubo en mí un mal propósito. Como no lo hay, no quiero confesarlo.

ESPERANZA.—¿Qué es, entonces, lo que pretendes? ¿La guerra entre nosotras?

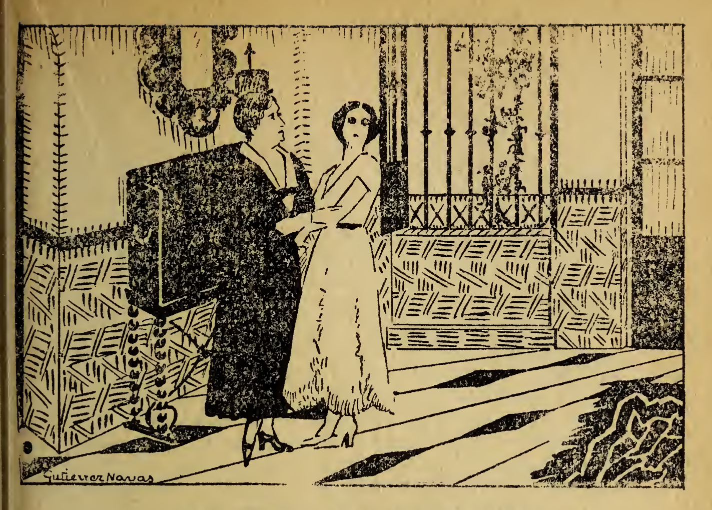
CONCHA.—No hago sino defender mi dignidad.

ESPERANZA.—(*Perdida la calma, en un desbordamiento de sus angustias.*) Pero... ¿no quieres entender, Concha? ¿Es que yo te socorrí para que trajeses la ruina a mi hogar y sembrases la desgracia entre los míos?... ¿Puede Dios permitir esto, y puedes ser tú tan soberbia que no lo mires, que cierres los ojos a la verdad, que envenenes la vida de mis hijos?... Di que no, mujer, di que no. Piensa que es una madre... ¡una madre!, quien te ruega, cuando podría mandar... (*Hay una pausa, durante la cual Concha permanece silenciosa y asustada.*) ¿Y callas aún? Nada se conmueve en tu alma, ¿verdad?... Pues, entonces..., mejor es que te marches. ¡Márchate! ¡Le-

jos de mi casa! Porque aquí mando yo... ¿Lo oyes?... ¡Yo! ¡La madre, que ampara a su hijo! ¡Vete, Concha! ¡Vete! ¡Vete! (*Concha, aterrada, oye a Esperanza temblorosa y tendiendo hacia ella sus manos cruzadas y suplicantes, mientras cae el telón.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO





ACTO TERCERO

La misma decoración. Va avanzada la tarde, y están a media luz la sala y el patio, donde se halla corrida la "vela" clásica.

(Cuando comienza este acto, está en escena, sentada en una mecedora junto a una de las ventanas del foro, DOÑA VERONICA, que dormita y cabecea a su antojo. Cruzando el patio, entran por el foro CATON y SALVADOR.)

CATON.—*(A Salvador, al entrar.)* Aguarda aquí, que voy yo a avisar al señor conde.

SALVADOR.—Me tié a mí una mijita escamao esta yamá de ahora. ¿Me habrán armao otro baruyo?

CATON.—Me parece que no. Creo que es un encargo de don José Antonio... En fin, vas a salir de dudas. *(Se dirige hacia el lateral derecha y ve entonces a doña Verónica, sesteando.)* ¡Escucha! ¡Fíjate en la bella durmiente!...

SALVADOR.—¿La de Madrí?

CATON.—La misma. ¡Hecha un tronco!

SALVADOR.—¡Menúo tronco, Vinge der Vaye!

CATON.—Pues, mira: no da ni un ronquido... ¡Qué chasco se lleva uno! Voy a despertarla...

SALVADOR.—¡Déjala osté! ¡Si no le estorba a naide!...

CATON.—Ahora, no; luego, quizá estorbe... (*Acercándose a doña Verónica y diciéndole, con mucha suavidad:*) Señora... Señora... Que ya ha cantado el gallo...

VERONICA.—(*Entre sueños.*) Voy, voy... ¿Qué hora es?

CATON.—La de levantarse.

VERONICA.—(*Siempre adormilada.*) Abrele tú, Raimunda... Que deje litro y medio... Y que lo apunte con lo demás...

CATON.—¡Que no hay que apuntar nada, doña Verónica!

VERONICA.—¡Vaya por Dios! ¡No tiene conciencia este lechero!... (*Catón y Salvador se miran asombrados.*)

CATON.—(*Conteniendo la risa.*) Ahí ves lo que, sin querer averigua uno... (*A doña Verónica, con más brío.*) ¿Despierta usted, señora?

VERONICA.—(*Abriendo los ojos, y con la incoherencia del sueño.*) ¿No ha querido dejarla? (*Reconociendo a Catón, y sobresaltándose.*) ¡Ay!... Pero... ¿qué estoy diciendo?

CATON.—(*De buen humor.*) La fábula de la lechera, doña Verónica.

VERONICA.—(*Disimulando.*) Que no puedo quedarme traspuesta, señor maestro.

CATON.—Dispense que le haya interrumpido el sueño; pero vengo con una visita...

VERONICA.—(*Levantándose rápidamente.*) ¿Estorbo?

CATON.—A nosotros, no; es que ahora sale don José Antonio... (*Se va Catón por la derecha.*)

VERONICA.—(*A Salvador.*) No puedo remediarlo; después de almuerzo me entra una soñarrera que no la resisto.

SALVADOR.—A mí me pasa lo mesmo. Na má terminá er gaspacho, ya estoy pegando cabesás, y mi mujé, pa dispertarme tié que darle cuerda ar despertadó.

VERONICA.—¿Y oye usted el timbre? ¡Dichoso usted!

SALVADOR.—Er despertadó de mi casa es de otro estilo. Mi mujé y mi niña me atan una soga a la pata e la siya, arrean un tirón, y... ¡catapum! ¡Me despierto! ¡No faya!

VERONICA.—(*Riendo.*) ¡Naturalmente!... ¿Y no le duele ninguna costilla, hombre?

SALVADOR.—¿La costiya?... ¡Según!... Si me levanto de malas, sí que suele resentirse la costiya.

VERONICA.—¡Qué ingenuidad de campesino!... ¿Usted es aperador, manijero, guarda, capataz, colono o arrendatario de los condes?

SALVADOR.—(*Aturdido.*) ¿Yo?... Yo soy Sarvadó, el Aseituno

Ahí estoy a la mira del coto e "Los Arvellanos". ¿No me ha oído usté de mentá?

VERONICA.—¡Ya lo creo! ¡El encargado de "Los Avellanos"! Tengo yo ganas de ir por allí. Claro que no va a lograrseme, porque me han dicho que aquello es muy peligroso para las mujeres...

SALVADOR.—¡No jaga osté caso! ¡Pa osté no hay peligro! ¡Yo se lo garantiso!

VERONICA.—Ea, pues tantísimas gracias...

(*Por la derecha salen JOSE ANTONIO y CATON.*)

J. ANTONIO.—(*Al salir, a doña Verónica.*) ¿Qué hay, doña Verónica? ¿Cómo va la enferma?

VERONICA.—Mucho mejor. Ahora bajará a dar un paseíto por el huerto.

CATON.—(*A doña Verónica.*) ¿Quién está mala? ¿Su hija?

VERONICA.—Un arrechucho que ya se le pasó. ¡Nervios! ¡Estas niñas de ahora!...

CATON.—Más vale así.

J. ANTONIO.—(*A Salvador, con el que se ha puesto a hablar.*) No es importante; pero quería que hablásemos.

SALVADOR.—Osté me manda, mi amo.

J. ANTONIO.—Aguarda un poco.

VERONICA.—(*A Catón, en voz baja.*) ¿Es ahora cuando estorbamos?

CATON.—¿Usted cree que yo también estorbo? Pues, por si acaso, lo mejor es irse. (*Alzando la voz.*) ¿Vamos al huerto, a ver si está allí su hija y la saludo?

VERONICA.—(*Alto también.*) Vamos allá, y que aquí hablen de negocios. Hasta ahora, conde. (*A Salvador.*) Buenas tardes, simpático labrantín. (*Se van por el foro doña Verónica y Catón.*)

SALVADOR.—(*A José Antonio.*) ¿Qué m'ha yamao?

J. ANTONIO.—Cualquier cosa.

SALVADOR.—Eso tié que sé; cuarsiquié cosa fea... ¡Er demonio e la vieja!...

J. ANTONIO.—¡A callar! (*Variando de tono.*) ¿Cómo no has traído a tu chiquilla?

SALVADOR.—Ahora viene; tan contenta, la probe, con el aqué de ve a su padrino... Se queó poniéndose er vestío qus osté la regaló.

J. ANTONIO.—¿Te sale presumida? (*Tras una brevísima meditación.*) Casi me alegro de que presuma. Necesito que se luzca esta noche

SALVADOR.—¿En dónde?

J. Antonio.—En "Los Avellanos".

Salvador.—¿Va osté a dí, señó conde?

J. Antonio.—Yo, no; pero es lo mismo... Quiero que pr pares una zambrita buena. Le encargas a tu mujer que hag una buñolada. ¿Cómo andas de bebida?

Salvador.—Poca debe quedá, después de lo de la otra noch

J. Antonio.—De aquí te llevarás lo que haga falta.

Salvador.—¿Y de verdá osté no va a dí? ¡Eso sí que chocante!

J. Antonio.—Lo será; pero no cuentes conmigo. La fiesta c hoy no es para mí.

Salvador.—(*Adulador.*) ¿Pa quién que más lo varga, mi amc

J. Antonio.—(*Rápido y bajando la voz.*) Para el niño.

Salvador.—(*Estupefacto.*) ¿Er niño Luí?...

J. Antonio.—Ese. Cállate.

Salvador.—¿No habíamos quedao?...

J. Antonio.—En nada. Yo mando y tú obedeces.

Salvador.—¿Esto qué es, señó conde?

J. Antonio.—Esto es... que necesito que Luis se me escaj de casa siempre que pueda, para irse a "Los Avellanos", y q allí le recibáis con los brazos abiertos. Y el día que me dig quq el niño se bebe dos botellas por derecho, y apunta con e tilo las medias granadinas, y sabe jalear un tanguillo con su mismísimo padre... ese día me das un alegrón y te rega una onza de oro. (*Advirtiendo la estupefacción de Salvador riendo con alguna melancolía.*) No te lo explicas, ¿eh?... ¡I natural!... ¡Si casi no me lo explico yo! (*Como si hablara co sigo mismo.*) Pero tiene una explicación: ¡paz en mi casa!

Salvador.—¡Vaya por la pa!... Ya me paese que voy cor prendiendo. No pase osté cudiao, que su hijo va seguro... y q cuando convenga arrancarlo der coto lo van a tené que de pegá con agua caliente.

J. Antonio.—¡Mejor!... Pero esto no ha de saberlo ni la ti rra. Tú y yo... y los demás creídos de que me estáis hacien una mala faena.

Salvador.—Lo que osté disponga.

J. Antonio.—(*Con noble campechanía.*) Muchos favores te l hecho, Salvador... Pues todos juntos puede que no valgan que este que tú vas a hacerme.

Salvador.—¿Quié osté cayarse? (*Se oye en el patio la ri alborozada y fresca de Rosario.*) Ahí está mi Rosariyo.

(*Por el foro entra ROSARIO, en efecto. Viene con un lindo v tido nuevo; si no elegante, muy gracioso, de color y con cier línea* flamenca *en los volantes de la amplia falda y en otros c*

llos del adorno. Y con ello, las flores en el pelo y la peineta ilada está la muchacha que parece un cromo. Se detiene en puerta, y, riendo todavía, mira hacia el fondo del patio.)

ROSARIO.—¡Misté el hombre, que s'ha quedao de una piesa! (vanzando.) Güenas tardes.

SALVADOR.—¿De qué te reías, niña?

ROSARIO.—Der maestro Catón, que no me conosía viéndome n compuesta. Y como estaba con una señora asín... vamos, ín, de respeto... pos no s'ha atrevío a desirme na.

J. ANTONIO.—Ya te lo dirá luego, que te lo mereces. Vienes cha una flor.

ROSARIO.—Grasias a usté, que esto sí que es tené padrino de mbo, señor conde. (*Contoneándose.*) No está mal der to, ¿verdá?

J. ANTONIO.—Te gusta que te alaben.

ROSARIO.—Que alaben er vestío, que es er que lo vale.

J. ANTONIO.—Y el garbo con que lo llevas.

ROSARIO.—Munchísimas grasias... No me figuraba yo que me andasen yamá pa desirme tantos requiebros.

SALVADOR.—Argo má tendrá que desirte el amo.

ROSARIO.—¿Sí?... (*Curiosa.*) ¡A ve!...

J ANTONIO.—No te impacientes... Tú, Salvador, vete ahí dent y dile a Carmelita o a cualquiera otra que te dé el vino ie sea menester. Si necesitas algo de la despensa, que te lo n también, de parte mía. Y te lo llevas todo en el coche queño. (*Salvador va a hacer mutis por la izquierda, y Rosario le dice.*)

ROSARIO.—¿Va usté a dirse en el otomovi, papa? Pos aguárme usté y me yeva. Digo, si er señó conde no manda otra sa.

J. ANTONIO.—Tiempo hay para todo. Quédate aquí... y ve a lo que te digo, Aceituno.

SALVADOR.—Hasta ahora mesmo. (¿Qué se traerá este hombre?) (*Se va Salvador por la izquierda. José Antonio mira sonente y complacido a Rosario, y le pregunta:*)

J. ANTONIO.—¿Conque te has puesto la ropa buena para venir verme?

ROSARIO.—¿Cuándo mejó?... Por lo menos, que usté vea ie sabe una lusirla.

J. ANTONIO.—No necesitas demostrarlo. ¡Guapa estás, Rosario!

ROSARIO.—No será eso lo que tenga usté que contarme, porie eso ya me lo había dicho.

J. ANTONIO.—¿Te he dicho también que me gustas?

ROSARIO.—¿Yo a usté?... (*Como una amapola.*) ¡Señó conde!...

J. ANTONIO.—No lo eches a mala parte... Me gustas por lo

compuesta y lo primorosa. (*Le coge una mano y procura atraerla hacia sí.*) Va a haber que comprarte otro traje.

ROSARIO.—(*Retirando la mano, aunque sin violencia.*) ¡Vaya por Dió y por la Vinge!

J. ANTONIO.—¡Tonta!... ¿Tienes miedo?

ROSARIO.—Una chispita.

J. ANTONIO.—¿Por qué?

ROSARIO.—Por mi pare, que se va a yevá un "disjusto" si le contesto a usté lo que se m'acaba de ocurrí.

J. ANTONIO.—Dilo, porque él no va a enterarse. ¿Qué se te ha ocurrido?

ROSARIO.—Quitarme ya mismo er vestío y dejárselo aquí, pa usté pa siempre.

J. ANTONIO.—¿No te gustaba tanto?

ROSARIO.—Sí que me gustaba; pero, con los adornos que usté quiere ponerle, ya no le va bien a mi cuerpo.

J. ANTONIO.—(*Acaso un poco herido en su amor propio, pero satisfecho en el fondo.*) ¿Te has enfadado, mujer?

ROSARIO.—(*Sencillamente.*) ¡Qué me vi yo a enfadá!... Usté, si acaso... y con rasón. ¿Quién me dise a mí que feriarla a una un vestío no traiga esto detrá? Resurta que yo no lo sabía... De saberlo, no hubiese consentío que usté hisiera er gasto...

J. ANTONIO.—No pareces la misma de "Los Avellanos".

ROSARIO.—Pos ahí ve usté; la misma soy.

J. ANTONIO.—Pero allí tienes otro arranque y otra alegría. Se te pide una copla, y cantas cinco. Y se te manda que bailes, y ya estás en danza.

ROSARIO.—¿M'ha mandao usté ahora cantá ni bailá?... Pa diverti y complasé a mi amo estoy siempre dispuesta.

J. ANTONIO.—Pues eso es lo que quiero de ti.

ROSARIO.—Haberse explicao... Pero, la verdá, no parese que sea este sitio de juerga.

J. ANTONIO.—¡Ahora sí que me gustas!

ROSARIO.—¡No se libra mi papaíto der sofocón!

J. ANTONIO.—Ahora sí que me gustas... porque ya veo lo que eres, y porque temía que me contestases de otro modo. La juerga no va a ser aquí; será en el coto, esta noche. Ya hablé con tu padre... Lo que yo tengo que pedirte es que te encargues de llevar allí a una persona: a mi hijo Luis.

ROSARIO.—¿Cómo?...

J. ANTONIO.—Es preciso que él vaya a "Los Avellanos" arrastrado por ti..., pero sin que note que lo arrastras. Escondiéndose, como el que hace algo malo. Tú tienes que marearle y aturdirle, y si él te pide dos le ofreces cuatro... y no le

las ninguno. Y con el tira y afloja tuyo, y ese garabato y esa
racia que Dios te ha dado, que se te enrede el niño en los
olantes y me lo traigas de cabeza.

Rosario.—(*Después de reflexionar.*) Señó conde... que me qui-
o er vestío.

J. Antonio.—Déjatelo puesto, que va muy bien para mis
lanes. No te hablaría de ellos si no hubiese visto que eres
na mujercita cabal. Donde se estrella el padre, el hijo se
briría la cabeza... Tienes que llevarte a mi hijo.

Rosario.—Otras veses ha dío y no hiso farta tanto.

J. Antonio.—Ahora sí va a hacer falta, créeme tú a mí. Por-
ue ahora quiero que vaya sin que parezca que le llama na-
ie; pensando que va contra el gusto de todos. Te enteras,
verdad, Rosarillo?

Rosario.—Un poco.

J. Antonio.—Pues aviva el ingenio. Eres decente, ya lo sé;
ero tienes malicia, y con malicia hay que trastearle. Que
ú digas: "¡No puedes ir!", para que él conteste: "¡Voy!".
)ue tú le trates en niño y él se te ponga en hombre. Que me
entretengas... y me lo vigiles.

Rosario.—¿Y usté cree que yo sabré haserlo?

J. Antonio.—¡Niña!... ¡Que tengo cincuenta años a la es-
alda, y has estado jugando conmigo, metiéndome en tu te-
reno y toreándome por las afueras, para acabar dándome un
evolcón que todavía no se me ha ido el susto!... ¿Pues no has
e saber? Haz lo que te digo... y haces una buena obra.

Rosario.—Lo que usté quiera. Pero... ¿dónde veo yo ar mu-
hacho?

J. Antonio.—De eso no te preocupes, que yo te prepararé el
ncuentro.

Rosario.—¿Aquí?

J. Antonio.—Aquí. Vete con tu padre, y, cuando tengas que
alir, yo te avisaré.

(*RASARIO va a hacer mutis por la izquierda; pero se detiene,
pregunta a JOSE ANTONIO:*)

Rosario.—De manera que yo diga que no, para que él diga
ue sí... Y que yo me guasee de que no le dejan dí a "Los
rveyanos", pa que él se arranque y vaya, sea como sea.
que ayi no van los chiquiyos; y él, como es ya un hom-
re, se nos planta en er coto y nos deja asombraos. Y: "¡Niño,
ete, que nos comprometes a tos!"... Y: "¡Yo qué tengo que
irme, si no hay más compromiso que er de obedeserme!"...
rgo asín, ¿no?

J. Antonio.—(*Satisfecho.*) Anda, Rosarito, anda..., que puedes

darle lecciones a Catón. (*Haciéndole una fiesta.*) ¿Me dejas y que te compre otro vestido?

ROSARIO.—¿Por hasé esto?... La grasia estará en que me l compre er niño Luí... Con su permiso... (*Se marcha Rosari por la izquierda.*)

J. ANTONIO.—(*Solo en escena.*) Esta mocita vale un Perú.. ¡Me ha plantado unas calabazas como para mi solo!... ¿Sor las primeras, José Antonio?... ¡Vaya que sean las primeras!.. Mayores se las dará al muchacho si se extralimita..., que v a extralimitarse, y tendré yo la culpa. ¿Quién me ve a m metido en estos jaleos?... Valga la intención... ¡y paz en m casa! Pero esto es una granujada que le hacemos al niño..

(*Por la derecha llegan CONCHA y MANOLO. Este en traje d calle, y aquella con un sencillo vestido de casa.*)

MANOLO.—(*A Concha, al salir.*) Por aquí abajo estarás má distraída y dejarás de andar cavilando. Se me figura a m que cavilas demasiado.

CONCHA.—¡Ideas tuyas!...

J. ANTONIO.—(*Que se iba hacia el foro y se ha detenido a ver a los que llegan.*) ¡Digo!... ¡Si está aquí la valiente!.. (*A Concha.*) ¿Te encuentras mejor?

CONCHA.—Más animada parece que estoy.

J. ANTONIO.—De aspecto, magnífica. Tú habrás estado mala pero, viendo esa cara, nadie lo diría. ¿No serán mimos y ra bietillas todo lo que hayas tenido?

MANOLO.—A lo mejor, acierta usted.

J. ANTONIO.—Pues de ti depende que no recaiga. Ni hacerl rabiar, ni mimarla demasiado. ¿Os quedáis?

CONCHA.—Aquí se está fresco.

J. ANTONIO.—Diré que descorran la vela para que entre má el aire, que ya se ha ido el sol. (*Se marcha José Antonio po el foro. Poco después de haberse ido, la luz del patio se hac más viva y más clara, como si, en efecto, hubiesen descorrid la vela que lo entoldaba.*)

MANOLO.—(*A Concha, cuando se ha ido José Antonio.*) Ya l has oído: mimosería y rabietas.

CONCHA.—Eso creéis vosotros.

MANOLO.—No niegues que tu arrechucho ha sido inexplica ble. Pase la enfermedad, que menos mal que ha sido rápida pero... ¿y tu empeño en que nos marchemos? ¿En qué t fundas?

CONCHA.—¿No te basta que quiera yo volver a Madrid y es tar sola contigo? ¿No piensas que ya es hora de que empi ces a trabajar y organicemos nuestra vida?

MANOLO.—¿Ves?... Tus ideas son muy buenas, pero siempre llegan a destiempo. Está uno aquí, tan cómodo, sin ninguna preocupación y pensando en lo que apretará el calor en Madrid..., ¡y ahora es cuando se te ocurre marcharte!... ¡Y a Madrid!... ¡Y a trabajar!... ¡Inoportuno, créeme, inoportuno!

CONCHA.—Mucho me temo que tú no encuentres oportunidad.

MANOLO.—¿Tú has visto a nadie que trabaje en Madrid de cara al verano? Además, ¿no calculas lo que nos aburriremos allí los dos?

CONCHA.—¿Solos?... ¿Y si no lo estamos?

MANOLO.—¡Ya, claro!... Nos hará la tertulia tu madre... Pues la verdad es que tampoco eso me entusiasma. (*A un gesto de Concha.*) Chica, dispensa; es una expansión. Si no es tu madre, ¿quién va a hacernos compañía?

CONCHA.—Todo menos aburrirte conmigo, ¿eh?

MANOLO.—Me juzgas mal. Dilo al revés, y aciertas. ¡Todo menos que te aburras tú!

CONCHA.—¡Yo qué he de aburrirme en Madrid!... Y menos ahora...

MANOLO.—¿Por qué?

CONCHA.—(*Con mucho cariño, ansiosa de confiarse a su marido.*) Ven acá, descastado..., que ya voy creyendo que es verdad que no me quieres. ¿Me vas a negar el primer capricho? (*Con timidez.*) ¡Pues, hijo, me luzco si me da esta temporada por tenerlos!

MANOLO.—¿Caprichos tú? Oye, explícate...

CONCHA.—Mira no vuelva a ser importuna... Claro, tú no te ocupas... ¿Estoy mala? ¡Nervios! Y con llamar al médico y anegarme en tila, ¡ya no hay problema! ¡Pues lo hay!

MANOLO.—(*Sin comprender.*) ¿Cuál?

CONCHA.—(*Entre maliciosa y avergonzada.*) El de cumplir una promesa que le hice a la Paloma.

MANOLO.—¡En chino! ¡En chino! ¡Me hablas en chino, Concha! ¿Cómo quieres que te entienda?

CONCHA.—Yo soy madrileña, no china... Le ofrecí a la Virgen que, si tenía un hijo, en Madrid había de nacer... Llévame a Madrid Manolo...

(*Pese a su desenfado habitual, MANOLO se queda estupefacto. Muy abiertos los ojos, en alto las manos, quizá sin comprender todavía. Y sólo acierta a balbucir:*)

MANOLO.—¿Cómo?... Bueno, bueno, que yo me entere... ¿Cómo dices?...

CONCHA.—¡Grandísimo tonto! ¿No me entiendes?... Que mi hijo, nuestro hijo, quiero yo que sea madrileño.

(Ahora es un desbordamiento de palabras jubilosas e incoherentes el que se agolpa a los labios de MANOLO.)

MANOLO.—¿Nuestro hijo?... ¡Concha!... ¿Que tú?... Pero... ¿yo?... ¿Yo?... ¡Ay, Concha retrechera, ¿qué es lo que estás hablando? *(Abrazándola.)* ¡Mírame y que sean tus ojos los que me lo repitan! *(Como si hablase a los ojos de Concha.)* ¿Es verdad eso, granujas? ¿Me vais a engañar?... Yo, el tronera, el tarambana, el loco de atar; yo, que nunca hice nada de provecho, ¿voy a hacer ahora... voy a hacer ahora?... *(Llorando de emoción y de alegría.)* ¡No os burléis, ojos pícaros, ojos ladrones, que noto que os burláis, aunque os estéis llenando de lágrimas..., que no sé si son vuestras o si son mías y las copiáis vosotros!... ¡Un hijo! ¡Un hijo que me sonríe ya detrás de esos cristales, y me tiende sus brazos, y me llama: "¡Padre!"...! ¡Tu padre corazón!... ¡El padre de tu hijo, Concha!... Yo... yo... Concha... ¡Yo!...

CONCHA.—*(En una explosión.)* ¡Manolo! *(Abrazados estrechamente, hay un silencio que vale por todos los discursos, y que corta Concha para decir.)* ¿Comprendes ya?... Quería yo decírtelo así, a solas...

MANOLO.—*(Todavía como desvariando.)* Un hijo... Un hijo... ¿Qué es esto, Dios mío?

CONCHA.—Esto es... nuestro cariño, que temíamos que fuera a secarse, y míralo ahora cómo se hace carne en el hijo que nos va a nacer.

MANOLO.—¿Y a nadie le has dicho?...

CONCHA.—¿A quién, antes que a ti? Al médico yo le rogué que no lo descubriese. Tres horas tuve que esperar, y han sido tres siglos. ¿Te opones ahora a que nos vayamos?

MANOLO.—¿Así? ¡Ca! ¿Sin deshacer mis torpezas? ¿Sin buscarme el afecto de mi hermano y la protección del conde?...

CONCHA.—*(Sobresaltada.)* ¿Qué dices, Manolo?

MANOLO.—Que tenías tú razón. Debo someterme y humillarme... Ya se acabaron mis soberbias, y pediré a todos que me ayuden, para que mi hijo viva feliz.

CONCHA.—¡No!

MANOLO.—¿Cómo que no? Hay que completar la obra que tú empezaste... ¡Por nuestro hijo!

CONCHA.—¡No! Que te perdonen, que os queráis, que estéis todos unidos... ¡Y nada más! ¿Ayuda? ¡No la quiero! ¿Protección? ¡No la necesitamos! Por nuestro hijo, como tú dices... ¡Por nuestro hijo trabajarás tú... y trabajaré yo, si hace falta! ¿No ves que eso es lo grande, Manolo? Si no nos sacrificamos por él, ¿qué amor vamos a tenerle a nuestro hijo? Tú y

o a su lado, amparándole, vigilándole, luchando como haya ue luchar... ¡Pero tú y yo solos!

MANOLO.—Tienes razón, Concha. ¡Siempre tienes razón!... Lo ue no impedirás es que yo salga dando gritos por ahí, y eche regones en el pueblo, y mande que repiquen las campanas para ue se sepa esta alegría tan grande... Y convido a todo el muno, y reparto limosnas, y emborracho a Catón... ¡y le regalo na teresiana a Galisteo!

CONCHA.—¡Anda, loco, y haz lo que quieras! Por mucho que ites, ¿vamos a estar nunca más alegres que ahora, juntos n nuestro cariño, que no hay quien lo rompa?

MANOLO.—Verdad que sí, Conchilla... ¡Hablan de cadenas!... ira esto, que todavía no es nada, ni un aliento, ni una risa, un temblor; esto, que no es, pero que va a ser... ¡y a ver nde hay cadena que sujete más a una mujer y a un hom-e! (*Abrazándola de nuevo.*) ¡Madrileña guapa! Sujetos para empre por ese carcelero que vas a darme, ¿no?

(*Llega LUIS por el foro y sorprende abrazados a CONCHA y ANOLO.*)

LUIS.—Podíais poner un cartel en la puerta: "Se prohibe el so".

CONCHA.—(*Apartándose de Manolo.*) ¡Luis!...

MANOLO.—(*Riéndose.*) ¡Vamos, chica!... ¿Va a darte vergüen-?... (*A Luis.*) Y tú no tengas envidia, hombre. ¡Abrázala mbién!... Sobre todo, abrázame a mí, hermano, abrázame, e hoy es día de abrazos. ¡Bueno, hasta a doña Verónica voy darle un apretón que se le va a quedar ancho el corsé! (*Abrando a Luis.*) ¡Luisillo!...

LUIS.—(*Dejándose abrazar.*) ¿Qué pasa?

MANOLO.—¡Casi nada! ¡Fíjate! (*Indicándole a Concha.*) Mi ujer... Una figurita que parece que va a quebrarse... Un "bilot"... Pues... mírala despacio: esta mujer, que no tiene más e ojos y risas, va a hacer de tí un tío como un castillo. Y vas tener un sobrino que, con tal de que no le enseñe Catón, será o de los sabios de Grecia.

CONCHA.—(*Rebosante de gozo al oír a Manolo.*) ¡Calla y no disrates!

MANOLO.—¡Yo qué me he de callar!... ¡Ya lo sabe el primero! ra cómo se ha quedado... ¡Si no se lo imagina uno! (*Poniendo las manos sobre los hombros de Luis.*) Pero es verdad, hermano... Tanto pelear, y tanto hacer el necio por el mundo, y nto creer que uno lo sabe todo... Pues llega esto, y entonces empieza a comprender lo que es la vida. ¡Ya lo comprendes tú también, Luis! (*A Concha.*) Anda, vámonos...

CONCHA.—¿Adónde?

MANOLO.—Por ahí fuera. ¿No te digo que si no empiezo a gritar me muero? Déjame que grite... que de aquí a unos meses no gritaré más que lo que venga.

CONCHA.—(*A la que Manolo ha cogido y lleva medio abrazada.*) ¡Loco! Vamos a donde sea... ¡Pero suéltame, hombre!

MANOLO.—¿Soltarte?... ¡Sí, sí! Para que tropieces, te me caigas y... ¡Vaya, que no! Tú no eres ya una mujer como las otras. Tú eres... ¿qué te diría yo?... ¡Un molde!

(*Y se van por el foro CONCHA y MANOLO con tal alegría, que cuando ellos salen parece que todo queda en sombras. LUIS permanece inmóvil, pensativo, con un gran dolor que se le refleja en el rostro y que se traduce luego en un gesto de rabia y de pena. Mira hacia el patio por donde se fueron sus hermanos; aprieta los puños; se muerde los labios; se diría que va a llorar... Pero sabe contenerse y, sin pronunciar palabra, inicia el mutis hacia la derecha. En este momento sale por la izquierda ROSARIO. Parece que va a irse por el foro; se detiene, sin embargo, mira a LUIS, sonríe con malicia y dice:*)

ROSARIO.—Adió, Luí...

LUIS.—(*Volviéndose, brusco.*) ¿Qué hay?

ROSARIO.—Ná, hombre. Que me marcho, y te saludaba.

LUIS.—(*Siguiendo su camino.*) Vete con Dios.

ROSARIO.—Oye, hijo, que yo no tengo la curpa.

LUIS.—¿De qué?

ROSARIO.—De lo que a tí te pase.

LUIS.—No me pasa nada. Y menos conversasión.

ROSARIO.—Como parese que estás enfadao conmigo... Y aqueyo no se supo por mí, te lo advierto.

LUIS.—(*Sorprendido.*) ¿Qué es aqueyo?

ROSARIO.—Lo de que tú ibas ar coto... Otros se lo contaron a tu padre... Si él ha mandao que no te dejen dí a "Los Arveyanos", ¿qué tenemos de haserle?

LUIS.—Me trae sin cuidado.

ROSARIO.—Más vale asín. Sería peó que te gustase pasá ayí argún rato y no pudieras

LUIS.—¿Por qué no iba a poder?

ROSARIO.—Por si te ensierran por las noches.

LUIS.—¿A mí? ¿A mí enserrarme?... Márchate, Rosariyo.

ROSARIO.—¡Josú, niño, qué jumos te gastas!...

LUIS.—¿No te ibas?

ROSARIO.—¡Digo!... Como que es tardísimo, y hay mucha tarea allá abajo. Con el aqué de que s'ha empezao ya la siega han preparao una fiesta pa la noche.

LUIS.—¿Hoy?

ROSARIO.—Sí; pero... oye, no digas ná... que lo primero que me encargaron fué que tú no lo supieses.

LUIS.—¿Quién te encargó a ti eso?

ROSARIO.—To er mundo. ¡Si no hay otra preocupasión!... "¡Que no se entere er niño Luí!"... "¡Que no le metáis en ganas ar niño Luí!" "¡Que no se quiebre er faná der niño Luí!..." (*LUIS, que se ha mantenido junto a la puerta lateral derecha, vuelve al centro de la escena y se acerca a Rosario.*)

LUIS.—¿Es que te estás burlando?

ROSARIO.—¡Dios me libre!

LUIS.—Pues eso; que te libre Dios... Y vete a esa juerga, y diviértete en eya.

ROSARIO.—Asín me gusta; pasiensia y conformidá, no vaya a desí tu papaíto que te yevan por malos pasos.

LUIS.—Nadie me yeva, que, si quiero ir, voy yo solo.

ROSARIO.—(*Fingiendo inquietud.*) ¡Ar coto, no!

LUIS.—¿Por qué?

ROSARIO.—Porque no lo permite er señó conde.

LUIS.—(*Sonriendo con alguna amargura.*) Va él esta noche, ¿verdad?

ROSARIO.—No... Lo de hoy es cosa nuestra. Mucha gente der contorno sí que va a dí; pero don José Antonio, no. Ni tu hermano tampoco...

LUIS—Hasen bien.

ROSARIO.—Pué que eyos lo sientan, porque la cosa va a está güena.

LUIS.—(*Fijándose en cómo va de compuesta Rosario.*) ¿Para eso te has adornado?

ROSARIO.—¿Qué va una a hasé?

LUIS.—¿Cantas esta noche?

ROSARIO.—Por complasé a los convidaos... Pero me marcho, niño Luí, no crean que vine a sonsacarte...

LUIS.—Adiós. (*Rosario inicia el mutis hacia el foro contoneándose... y segura de que no se va.*) ¡Aguarda! (*Rosario se detiene.*) ¿A qué hora es la fiesta?

ROSARIO.—¡Ay, no, hijo! ¡Yo no te lo digo! ¡Y conste que por mí no has sabío tú na!

LUIS.—¿A qué hora es?

ROSARIO.—¡Que don José Antonio nos tié mandao!...

LUIS.—(*Impaciente.*) Lo que mi padre mande, ayá él y vosotros. Quien manda ahora soy yo. ¿A qué hora os reunís en "Los Aveyanos"?

ROSARIO.—A las onse; pero tú no vayas, por la Vinge der Vaye, niño Luí...

LUIS.—El niño Luis va donde haga falta.
ROSARIO.—Díselo a tu padre.
LUIS.—O no se lo digo.
ROSARIO.—Pos no podrás di...
LUIS.—Ayí me esperáis.
ROSARIO.—¿Esperarte?... ¿Tú no ves que es un compromiso?...
LUIS.—¡Se acabó! ¿Hay juerga en el coto? ¡Para mí esa juerga! ¿Cantas tú esta noche? ¡Para mí cantarás! ¿Lo prohibe mi padre? ¡Aunque él lo prohiba!
ROSARIO.—Pero... ¿quién te conose, Luí de mi arma?
LUIS.—Eso es verdad. ¡No me conose nadie! Y ya es hora de que se me conosca... ¡Que se acabe este juego del niño y e tenerle miedo a lo que pase! (*Engallándose ante Rosario.*) Voy... ¿te enteras? Y si quieres contárselo a mi padre, ya mismo estás yendo.
ROSARIO.—Eso sí que no... Yo te he hecho las reflersiones. Piénsalo, Luí...
LUIS.—(*Firme.*) ¡Pensado!... Y tú antes que yo yegue, ¡ni una copla! La primera, la mía... Y el mando, el mío. Y el hombre de la fiesta... ¡el hombre!, yo... ¿Lo sabes? Pues márchate ya. (*Y se va él por la derecha, tan resuelto el paso, tan seguro de sí mismo, que nadie podría ya oponerse a su voluntad.*)
ROSARIO.—¿No ha de dí?... Lo malo será que no haya luego quien lo sujete. Pero ayá su pare, que él sabrá lo que piensa.

(*ROSARIO se marcha por el foro. Por allí entran inmediatamente DOÑA VERONICA y CATON. Después irán llegando, por el foro también, CONCHA y MANOLO y ESPERANZA y JOSE ANTONIO.*)

CATON.—(*A doña Verónica, al entrar.*) Pero... ¿usted abuela, doña Verónica de mis culpas?
VERÓNICA.—Hijo, a eso nos exponemos ¡No hay quién se libre! Ahora lo soy yo, mañana lo será usted...
CATÓN.—¡Yo qué he de ser abuela, señora!
VERÓNICA—Del otro sexo.
CATÓN.—Tampoco... A no ser que los nietos nazcan a la orilla del río, como los juncos. (*Entran Concha y Manolo, y Catón dice a éste:*) Oye, Manolo; ¿pues no dice tu mamá política que yo tendré un nietecillo un día de estos?
MANOLO.—(*Muy serio.*) A mí no me ha dicho nada Rafaela, la del Camino Nuevo.
CATÓN.—(*Amoscado.*) ¡Hombre!...
VERÓNICA.—¡Bien contestado! (*A Catón.*) Con que esas tenemos, ¿eh? ¡Para que venga usted con disimulos! Por supues-

to, que usted tendrá todos los nietos que quiera; pero uno tan resalado y tan retesimpático como el que yo voy a tener, no se haga ilusiones! (*A Concha, besándola con mucha efusión.*) ¿Verdad, hija de mi sangre?

CONCHA.—(*Abrazada a ella.*) ¡Mamaíta!...

VERÓNICA.—Me rejuveneces, Concha, me rejuveneces... ¡Igual que yo! Porque yo tenía tu edad cuando tú viniste al mundo.

CATÓN.—(*A Manolo, asombrado y en voz baja.*) Pero, oye... ¿cuántos años tiene tu mujer?

MANOLO.—(*En el mismo tono.*) Ahí ves; todos los que se quita mi suegra.

VERÓNICA.—(*A Concha.*) Va a ser niño, ¿sabes?... ¡Mirad que me dais un disgusto si no me complacéis! Ya hay bastantes mujeres en la familia... ¡y, vamos, se me abren las carnes de pensar que mi nieta tenga que bregar también con los huéspedes!

MANOLO.—¿Qué está usted diciendo?... ¡Menudo buen mozo va a ser el chaval! ¡Le va a estar chico el jipijapa de su difunto abuelo! (*Rien todos con mucho alborozo.*)

VERÓNICA.—¡No empieces con tus chuflas, Manolo! Y, sobre todo, no me toques el jipi, que es una prenda célebre. (*A CATÓN.*) ¡Cinco!...

CATÓN.—(*Interrumpiéndola.*) ¡Sí, señora, sí! ¡Cinco balazos! El ala chamuscada y la copa vacía! Me sé la historia... ¡Si el sombrerito es más famoso que Cirujeda!...

(*Nuevas risas. Entran ESPERANZA y JOSE ANTONIO.*)

J. ANTONIO.—Pero, ¿qué? ¿Estamos ya de bautizo?

VERÓNICA.—(*A Esperanza.*) A propósito de bautizo... La madrina, yo. ¡No me niegues este capricho, Esperanza!

ESPERANZA.—Mujer, si tú te empeñas... Además, tu hija será la que decida.

CONCHA.—(*Que mira a Esperanza con timidez y recelo.*) A mí me es igual. Lo que ustedes acuerden.

VERÓNICA.—Ya está acordado. ¡Yo!

CATÓN.—¿Y el padrino?

VERÓNICA.—¡Ese sí que es problema! Si el conde quiere...

J. ANTONIO.—¡Paso!... Consiento en ser abuelo honorario, porque no hay más remedio; pero padrino efectivo, de ninguna manera. ¡Me sobran ya ahijados, doña Verónica!

VERONICA.—Entonces... (*Mira a un lado y a otro y sus ojos se fijan en Catón. Este advierte la mirada y exclama:*)

CATÓN.—¡No, a mí no me mire usted, señora! Si tengo yo al chico en la pila, se le cae la sal.

J. ANTONIO.—Por el convite no lo hagas, maestrillo.

MANOLO. — ¿Estamos locos? ¡Vaya padrinazgo! ¡Saldría la criatura con medio siglo de retraso!...

CATÓN.—(*A Manolo.*) ¡Oye, tú!...

MANOLO.—¡Ea, que no! Además, ¿a qué estrujarse los sesos buscando a nadie, si el padrino lo tengo yo elegido?

J. ANTONIO.—¿Quién es?

MANOLO.—¿Quién va a ser? ¡Mi hermano!

CONCHA.—(*Sobresaltada.*) ¿Luis?

VERÓNICA.—¡Tonta de mí!... ¡Pues no había yo caído en la cuenta! ¡Es una gran idea!

CONCHA.—Luis no va a querer.

MANOLO.—¿Por qué no? (*A Esperanza.*) ¿Tú crees que se niegue, madre?

ESPERANZA.—No se negará, porque se lo pediré yo misma.

CONCHA.—(*Llena de asombro.*) ¿Usted?

ESPERANZA.—(*Serena, sin ninguna acritud.*) Yo. ¿De qué te sorprendes?

VERÓNICA.—¡Magnífico! ¡Ya está todo arreglado! El padrino, la madrina, el bautizo, que será a todo rumbo... Me parece que no falta nada.

CATON.—Señora, falta el chico, que es lo más importante.

MANOLO.—Y falta mojarlo.

CATÓN.—Eso, en el bautizo.

MANOLO.—Digo mojar el acontecimiento, pelmazo. (*A José Antonio.*) ¿Nos deja usted?...

J. ANTONIO.—¿Ir a la bodega? ¡Allá tu madre!

CONCHA.—¡No vayáis!...

VERÓNICA.—¿Cómo que no? ¡Me parece muy bien lo que propones, Manolo!

MANOLO.—¡Naturalmente! ¿Qué opinas tú, Catón?

CATÓN.—Que eso salimos ganando. Si luego se malogran las cosas, que nos quiten lo bebido.

VERÓNICA.—¡Ande y no sea agorero! Venga usted conmigo, que ya sé yo lo que a usted le gusta...

CATÓN.—¡Pues claro!... ¿No ve usted que coincidimos? (*Se van por la izquierda doña Verónica y Catón.*)

MANOLO.—(*A José Antonio.*) ¿Vamos? (*A Concha y Esperanza.*) ¿Y vosotras, no venís?

ESPERANZA.—Andad, que yo iré luego.

CONCHA.—Yo voy a mi cuarto. ¡Que no abuses, Manolo! ¡Y ten cuidado con mamá, que ya sabes tú cómo es ella!

J. ANTONIO.—(*Ya en la puerta de la izquierda.*) De tu madre me encargo yo, Conchita.

CONCHA—¡Pues por eso lo digo! (*José Antonio y Manolo se marchan por la izquierda. Concha, que se acercó a la puerta*

para despedirlos, cruza la escena, dispuesta a irse por la derecha. Al llegar junto a Esperanza vacila un instante, indecisa. Luego va a continuar su marcha, pero Esperanza la detiene y le dice:)

Esperanza.—Aguarda un poco. No te vayas aún. (*Concha permanece inmóvil y silenciosa, baja la cabeza y fija la vista en el suelo. Esperanza, con un gesto lleno de nobleza, le hace levantar la cara, la mira cariñosamente y la besa.*)

Concha.—(*Abrazándola, muy conmovida.*) ¡Doña Esperanza!...

Esperanza.—(*Manteniendo el abrazo.*) ¡Tonta!... Quédate a mi lado... Y luego, si quieres, llévate a mi hijo.

Concha.—¿Ahora?

Esperanza.—Ahora, sí... Ya no hay peligro.

Concha.—¿Y qué ha pasado para que cambie usted de opinión?

Esperanza.—¡No me preguntes eso! ¿Cómo vas a ignorarlo tú?

Concha.—Lo que no ignoro es que usted me arrojó de su casa sin razón.

Esperanza.—No te arrojé a ti; fué a otra mujer. A ti, que acabas de darme una alegría que no sé expresar con risas y gritos, sino con un llanto que no me sale a los ojos, ¿cómo voy yo a cerrarte mis puertas, ni mis brazos? No me guardes rencor, y perdóname.

Concha.—Aunque quisiera, no podría ser rencorosa. Nada engo que perdonarla. Me basta con salir de su casa sin haber ausado daño, tan digna y tan sin culpa como cuando entré.

Esperanza.—¿Crees que saldrás lo mismo?

Concha.—¿Lo duda usted?

Esperanza.—¿Cómo quieres que no lo dude? Llegaste aquí iega, y te marchas con los ojos abiertos a la verdad; a la única verdad, que es ese hijo que esperas. Viniste atolondrada, reyendo que amar a tu marido era plantearle polémicas estúidas y ponerle en ridículo buscándole protecciones... Y te as sabiendo lo que es amar a un hombre.

Concha.—¡Al fin reconoce usted que quiero a mi marido!

Esperanza.—Le quieres ahora, cuando toda la tierra de los os se te ha ido a las entrañas; ahora, cuando tu sangre y la ya se funden en el hijo que va a llegaros. (*Atrayendo a Cona hacia sí.*) Ven aquí, pobrecita... Ven aquí, y piensa en tu jo, que todavía no es más que una ilusión y ya se ha hecho eño de su madre... Por eso no me opongo más a que Luis se ya con vosotros. Que esté a tu lado, para que no le envenene recuerdo de aquella mujer que le aturdía. Que aprenda ahoen ti a respetar a la madre, y así sabrá que no hay más

que un amor que llegue al corazón de las mujeres buenas; este amor hondo, hecho de sacrificios y ternuras, que florece en los hijos con una bendición de Dios...

(*Por la izquierda llega JOSE ANTONIO.*)

J. ANTONIO.—¿Por qué no venís aquí dentro? Están los ánimos de un modo, que, si no vais vosotras... me parece que se nos acaba la cosecha.

ESPERANZA.—¡Qué atrócidad! ¡No lo permitas tú!...

J. ANTONIO.—¡Cualquiera los contiene! ¿Crees que tengo autoridad para tasar el vino?

CONCHA.—¿Vamos, entonces?

ESPERANZA.—¿Qué remedio nos queda?

(*Cuando van a marcharse, llega LUIS por la derecha.*)

J. ANTONIO.—(*Al verle.*) ¡Mirad éste!... ¿De dónde sales, niño? ¡Todos andan preguntando por tí!

LUIS.—A buscarte venía.

J. ANTONIO.—¿A mí? ¡Vete con los demás y diviértete!

LUIS.—De eso se trata, padre. (*Muy resuelto y muy firme.*) Voy esta noche a "Los Arveyanos"... y quiero que lo sepas.

J. ANTONIO.—(*Desconcertado.*) ¿Que lo sepa yo?...

ESPERANZA.—(*Alarmada, a Luis.*) ¿Y a qué vas tú al coto?

LUIS.—A divertirme. Hay fiesta, y me aguardan... Pero no me gusta ir a escondidas de nadie.

J. ANTONIO.—(*Como si hablara consigo mismo.*) ¡Me ganó por la mano! (*Con un gesto de orgullo.*) ¡Zahina legítimo!

ESPERANZA.—¡No le dejes ir, José Antonio!

J. ANTONIO.—¿Por qué no, si ya es un hombre?... (*Acercándose a Luis y poniéndole una mano en el hombro.*) Vete al coto esta noche, Luis... ¡Me gusta a mí que vayas al coto!

LUIS.—Grasias, padre. ¿Dónde desías que me yamaban?

J. ANTONIO.—Ahí dentro. Tu hermano, y Catón, y doña Verónica, que están empapándose a cuenta del futuro vástago.

LUIS.—(*Después de una momentánea vacilación.*) Voy, entonses.

ESPERANZA.—Acompáñale, Concha... Yo iré también. Quiero que brindemos juntos. Hoy es día de estar todos alegres. (*A Concha.*) ¿Verdad, hija?

CONCHA.—Verdad que sí. (*Comprendiendo el deseo de Esperanza.*) Luis, ¿vienes conmigo?

(*Hay tal serenidad y tal sosiego en las palabras de CONCHA que, acaso, por vez primera, no tiembla LUIS al escucharla y se limita a contestar:*)

LUIS.—Vamos.

(*Se marchan por la izquierda CONCHA y LUIS, ESPERANZA va a seguirlos y JOSE ANTONIO la detiene un momento.*)

J. ANTONIO.—Aguarda... Esto, ¿a qué se debe? ¿No temías que Concha...?

ESPERANZA.—No te preocupes. Concha no será ya para Luis más que una hermana, porque ha encontrado otra criatura que conquistar: su hijo.

J. ANTONIO.—(*De buen humor.*) Y para llegar a este resultado, ¿contabas con Manolo?... Porque, si no... no me lo explico.

ESPERANZA.—Contaba con que a todos se les cayese la tierra de los ojos... A todos, menos a tí, naturalmente. Tu ceguera no hay quien la cure...

J. ANTONIO.—Pues fuí el único que ví claro, mujer. "¡No pasará nada!" ¿Recuerdas que te lo dije?... ¿Conozco a los Zahina! Pero... ¿tú estás contenta? Pues el triunfo es tuyo... ¡y paz en la casa!

TELON

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, julio-agosto 1930.





RIVADENEYRA (S. A.).—MADRID